

CENIT

— sociología —
— ciencia — literatura

9
Sumario

Federica Montseny: La tragedia actual del hombre libre.— Víctor Alba: Gabriela Mistral vista por su heredera.— José Peirats: Tribuna de libre discusión: Los límites de la verdad.— Sergio: Rincón del saber.— Ramón Sender: Los libros y los días: Escritores franceses en los Estados Unidos.— Ángel Samblancat: La lengua de Homero.— Henry Bouye: Las convenciones colectivas contra la Revolución Social.— Vladimir Muñoz: Divulgaciones: El arte de imprimir.— Francisco Olaya: El informe Krutchev: Paralelismo.— V. M.: El pensamiento vivo de J. Ingenieros.— Suno: Microcultura.— Eliseo Reclus, Miguel Bakunin, Pedro Kropotkin, Cristian Cornelissen: Antología Libertaria (folletón encuadernable.)

Febrero
1957

74

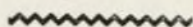
Revista Mensual

PRECIO: 80 FR.



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA



Gabriela Mistral — Lucila Godoy — ha muerto. Después de una larga y fecunda vida de producción artística y de siembra humana de bien y de belleza, esta mujer excepcional, Premio Nóbel de la Paz y encarnación la más alta de la poesía americana, se ha extinguido para siempre.

En otro lugar de este mismo número, nuestros lectores hallarán una semblanza de Gabriela, trazada por su secretaria y amiga, Palma Guillén, y escrita por nuestro colaborador Víctor Alba.

«CENIT» se asocia al duelo internacional de las artes y las letras por la muerte de Lucila Godoy, humilde maestra de escuela chilena, que ha inmortalizado el nombre de Gabriela Mistral.

En pocas mujeres el estro poético alcanzó alturas tan sublimes como en ella. Su estilo, personal e inconfundible, da una sensación de profunda intimidad, de comunidad de las almas, que vibran y se confunden con el sentimiento de la gran poetisa. Pocas mujeres han cantado a la maternidad con los acentos patéticos, tiernos, delicados, maravillosos, de Gabriela, que fué físicamente estéril.

Además de un gran talento, fué un corazón noble, abierto a todos los que sufrían y que por mejorar su suerte batalló cuanto pudo.

¡Descanse en paz Gabriela Mistral, mujer libre, digna y grande, honra del género humano!

CENIT

REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaria de Redacción: Federica MONTSÉNY.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año VII

Toulouse, Febrero 1957

Nº 74

LA TRAGEDIA ACTUAL DEL HOMBRE LIBRE



CUANDO Servet sintió proyectarse sobre su persona y su obra de pensador y de hombre de ciencia, la vigilancia de la Inquisición, huyó de España y recorrió diversos países europeos, hasta caer bajo el engaño y el odio de Calvino.

Cuando los artistas, los pensadores, los poetas de la Italia medieval y renacentista, impulsados por veleidades políticas, intervenían en las luchas de partido y en las intrigas de corte de los reyes y reyezuelos del antiguo común patrimonio romano, sabían que, a uña de caballo o en fugas aventurosas por el mar, siempre peligroso, pero siempre clemente, ganaban otros países donde se les daba el asilo que las leyes perdurables de la caballería acordaban a los perseguidos. Así se extendían la cultura y el arte y así hombres como Benvenuto Cellini alcanzaban la gloria en tierras y cortes extrañas.

La libertad política no había formulado sus grandes líneas ideales; no era una doctrina ni estaba expuesta y determinada en ninguna carta; pero existía la libertad física. La palabra **frontera** era virtualmente un mito y un hombre con valor, con dinero, con audacia o con inteligencia, tenía el mundo abierto ante sus pasos.

Al constituirse los Estados modernos, mejor diríamos esa monstruosa entelequia—¡cuán efectiva y terrible, sin embargo!—del Estado moderno, el mundo fué empequeñeciéndose. Se descubrían nuevos continentes; Colón, Hernán Cortés, Magallanes, Américo Vespucio, Juan Sebastián Elcano, abrieron a la humanidad la vía de nuevas riquezas y a la historia perspectivas incalculables. Pero, al hombre, individualmente considerado, siglo tras siglo, unificación tras unificación de las antiguas confederaciones—la española, la francesa, la inglesa, la alemana—se le iba reduciendo la libertad física e interponiéndole nuevas barreras.

No obstante, aun los grandes inquietos, los espíritus rebeldes, los capitanes de industria, los arriados piratas de mar y tierra, podían lanzarse a locas y extraordinarias hazañas. ¿Acaso sería hoy posible la larga aventura de Cagliostro? ¿Acaso hoy la Interpool permitiría la prolongada farsa de ese hombre inteligente y psicólogo, que vivió más de medio si-

glo a costa de la estupidez de los grandes de este mundo, pasando con asombrosa facilidad de una Corte a la otra?

Cuando Voltaire inició su lucha contra la realeza y los vicios de un sistema carcomido, precediendo de muy cerca a la obra demoleadora de los enciclopedistas, aun le fué posible encontrar en la libre Helvecia un refugio. Allí se refugió también, años más tarde, Mme de Stael, huyendo de las persecuciones del imperio napoleónico, al que atacó con vigor. No analicemos las causas de su odio a Napoleón. Vanidad herida o sentido de justicia, la realidad es que la gloria de Bonaparte costó a Francia y al mundo ríos de sangre. Y que fué ella la primera en denunciar el crimen.

Durante todo el siglo pasado, Italia, Suiza e Inglaterra fueron las tierras de asilo de los perseguidos políticos. Todos los revolucionarios fugitivos del zarismo encontraban en Suiza y en Italia refugio donde acogerse. Los revolucionarios alemanes, los primeros internacionalistas españoles, más tarde los comunales franceses, encontraron en Suiza o en Inglaterra un suelo donde plantar el pie inquieto. La historia recoge el nombre de los grandes exilados de ese tiempo: Víctor Hugo, Wagner, Marx, Bakunin, Courbet, entre mil más. La Commune vencida desparrramó por el mundo a todos los supervivientes de las persecuciones de Thiers. Inglaterra, España, Bélgica, Italia, Alemania, acogieron a los revolucionarios acusados, entre los que se contaban hombres como los hermanos Reclus.

Inglaterra acogió a las víctimas del terror gubernamental en España, cuando, a raíz del famoso proceso de Montjuich, a ese país fueron deportados los prisioneros del vapor «Isla de Luzón». Allí se refugiaron Anselmo Lorenzo, Tarrida del Mármol, Soledad Gustavo, Federico Urales, Teresa Claramunt y muchos más. Allí estaban ya, fugitivos del permanente terror zarista, Kropotkine, Stepniak, Tcherkessof, entre centenares de perseguidos de la misma y de otras nacionalidades. Allí estaba ya Malatesta y de allí partían, para proseguir la lucha, todos los agitadores internacionales. De allí salió Angiolillo y de allí habían salido Mazzini y Kossuth, para las gloriosas aventuras de la liberación de Italia y de Hungría.

El individuo aun no estaba sumergido bajo la mon-

taña de papeles que, como decía amargamente Stefan Zweig, aplasta y asfixia al hombre de hoy. Para viajar y pasar de un país al otro no eran precisos tantos visados, tantos controles, tantos permisos. Cuando el hombre se sentía descontento u oprimido en un rincón del mundo, marchaba de él, hacía horizontes más despejados y regímenes más clementes. Había países como Inglaterra que tenían a gala ser un refugio para los perseguidos, que les honraban y les dispensaban protección. Malatesta, refugiado en Londres, fué víctima de una denuncia del gobierno italiano señalándole como cómplice e inspirador del atentado de Gaetano Bresci. La policía inglesa contestó que Malatesta, protegido y vigilado por Scotland Yard, estaba fuera de toda sospecha, por cuanto ningún contacto ni relación había tenido con Bresci ni con ninguno de sus amigos.

En el fondo, la razón de esta actitud estaba en que el Estado inglés se sentía fuerte y era la seguridad de su propia fuerza lo que le dictaba esta tranquila y altiva confianza. Hoy ningún Estado se siente lo suficiente fuerte para ser liberal y generoso con los propios enemigos del sistema.

*

La restricción de la libertad física, de la libertad real—de la libertad sin mayúscula, que es la libertad individual y efectiva—se ha ido acentuando a medida que nos adentrábamos en este siglo.

Las causas están sin duda en la razón inversa que hacía liberales y generosos a ciertos Estados fuertes e inteligentes. A medida que los intereses que constituyen la base económica, social y política del Estado eran amenazados por las nuevas ideologías; a medida que el número de hombres revolucionarios e inquietos aumentaba; a medida que las propias luchas, rivalidades y competencias de los Estados se agudizaban, iba estableciéndose la gama infinita de las limitaciones y de las restricciones. El nacimiento de las grandes dictaduras de masa—el fascismo en Italia; la desviación de la Revolución rusa, cayendo en manos de los bolcheviques; el nacional-socialismo, por último—acabó de consumir el total naufragio de las libertades individuales y colectivas.

Los tres sistemas, quintaesencia de la dictadura, coincidieron en una misma línea dominante: ante todo, había que destruir toda veleidad de independencia, toda manifestación de individualismo; ante todo, había que aniquilar ese sentimiento, exaltación máxima de la filosofía, del arte, de la historia, en el que se basa el propio cristianismo: la dignidad y la libertad de la persona humana.

De esa obra de abyección, de esa sistematización en el aniquilamiento de los valores humanos intrínsecos, materiales y físicos, filosóficos y morales, son expresión por igual los campos de la muerte del nazismo, con el último burgomaestre de Weimar atado con una cadena y un collar, obligado a andar a cuatro patas y a recoger con la lengua los alimentos en el suelo, y el sofocamiento implacable de toda oposición, de toda idea propia, de todo pensamiento individual que fué la inmutable línea política del stalinismo. Y los métodos empleados en ella, gemelos de los métodos hitlerianos.

El: Libertad, ¿para qué?, de Lenin, es un símbolo. A esa inquieta e inquietante pregunta han ido con-

testando todos los hombres que, desde 1917, han muerto por la libertad. ¿Por qué libertad? ¿Por la libertad metafísica, filosófica, política, escrita en las constituciones democráticas, o por la libertad simple, sencilla, real, efectiva, que les permita moverse, trasladarse de un lugar al otro, pensar libremente, ensayar fórmulas de vida nueva, ponerse de acuerdo con los demás hombres, liberarse, por la iniciativa individual y el pacto colectivo, de la guerra, de la miseria?

He aquí la gran cuestión, el gran problema, al que no se ha dado respuesta.

*

Y los resultados, reconozcámoslo honradamente, son desesperantes. Stefan Zweig firmó, con su suicidio, la condenación moral de la ola de terror y de reacción que, desde Alemania, extendiendo sus tentáculos sobre Austria, sobre Checoslovaquia, sobre Polonia, sobre toda Europa al fin, amenazaba sumergir para siempre al mundo moderno en la barbarie.

Pero hay una obra escrita en la post-guerra que es otra requisitoria implacable contra esa concepción de libertad precaria que ha sido y es la herencia del nazi-fascismo. Nos referimos a «La hora veinte y cinco», de Virgil Gheorgiu, en la que se narra el drama permanente de las «personas desplazadas». Y el fin del protagonista, buscando la muerte, única evasión posible, que ineluctablemente han de darle los centinelas del campo al acercarse deliberadamente a las alambradas, parece ser el destino lógico del hombre de hoy: del hombre libre interiormente, cargado de cadenas exteriores.

Las dictaduras espiritualmente condenadas por la demagogia verbal y escrita de discursos, de pactos y tratados, florecen cada día con mayor pujanza. América del Sur está cubierta de ellas. En Europa se cultiva amorosamente el bacilo franquista, con el cual se pueda inocular mañana de nuevo el fascismo al mundo. Fascismo que no ha muerto ni aun en Italia, donde veinte mil camisas negras han acompañado al cementerio los restos de Graziani el Africano.

En América del Norte, hemos visto desencadenarse la furia represiva del mac-carthismo, repitiendo otra caza de brujas al estilo de la histeria colectiva de Salem en siglos pasados.

Y, mundialmente, las medidas policíacas y administrativas van rodeando al hombre de una muralla cada vez más tupida; sumergiéndole en un laberinto cada vez más complicado de disposiciones, todas destinadas a controlar cada una de sus acciones y todos y cada uno de los minutos de su vida.

Si ayer existían países abiertos a los perseguidos, hoy cada país se cierra dentro de sus fronteras y, so pretexto de la lucha contra el espionaje soviético, eleva la delación a la dignidad de virtud cívica. En los Estados Unidos se han revalidado las antiguas leyes de exclusión, mediante las cuales no importa qué ciudadano de no importa qué país del mundo, puede ser inexorablemente rechazado en Norteamérica. Hasta la vieja Albion, **no man's land** de las guerras sociales y políticas, ha dejado de ser tierra de asilo. El gobierno de Elizabeth se siente menos fuerte que el de Victoria.

Y en la Europa inquieta; en el Asia convulsionada;

en América, el baluarte más firme del mundo capitalista; en todo el orbe, preparado para transformarse en un inmenso campo de concentración—tan pronto como el poder pase de manos democráticas y liberales a manos conservadoras; tan pronto se suspendan las garantías constitucionales y los Estados se conviertan en totalitarios—¿dónde hallará un refugio el hombre libre?

Porque las masas podrán ser sometidas; las multitudes podrán ser domesticadas y adormecidas. El «panem et circenses» de los romanos hoy se llama pan y fútbol, o pan y boxeo, o pan y «Tour de France», como ayer se llamó pan y toros, en la España de Fernando VII. Pero el hombre libre existirá siempre. El sabio, el filósofo, el artista, el poeta, flor rara de la humanidad, manifestación excepcional, creación espontánea de la especie, no desaparecerá nunca. No ha faltado bajo ningún régimen. Se llamó ayer Sócrates, Diógenes, Espartaco o Jesús. Más tarde Servet, Giordano Bruno, Galileo, Rabelais o Leonardo. Más tarde todavía Beethoven, Anarchasis Cloodtz, Victor Hugo, Bakunin, Reclus, Pi y Margall, Rimbaud, Tolstoy, Malatesta, Richepin, Landauer o Nerval.

Y siempre con la misma imposibilidad de amoldarse, de resignarse, de conformarse, de disminuirse, de renunciar a exigencias morales superiores, incompatibles con la esclavitud o la abyección. Hasta cuando se les marca a sangre y fuego una cruz gamada en la cabeza, como a Erich Müsham. Hasta cuando se les sumerge y se les sofoca, se les aniquila y se les castra, como en la Rusia de hoy. Allí, como en plena Edad Media, los hombres libres se recogen en los monasterios. La soledad es su refugio y la meditación su fuerza.

*

No, realmente, los resultados obtenidos con la victoria de las democracias sobre el nazi-fascismo están muy lejos de ser satisfactorios. Quizá porque quedan latentes, inatacadas, las causas universales que determinaron el propio fenómeno social del fascio y del hitlerismo. Quizá porque son, éstas, etapas fatales de un proceso de descomposición en el que todo, hombres y sistemas, intereses e ideologías, se enfrentan y entrechocan con violencia.

Pero el reconocimiento de este estado social colectivo mundial, no impide que la tragedia actual del hombre libre sea cada día más insoluble y más patética. En efecto, en la lucha, ningún sistema, ninguna ideología, ningún grupo de hombres, ningún bloque de pueblos, se preocupa poco ni mucho de cultivar y de entretener esa planta rara, sin la cual ninguna libertad, ningún derecho, ninguna cultura son posibles: la tolerancia, el respeto de la persona humana, el reconocimiento de los derechos inalienables de la conciencia y de la inteligencia.

Por el contrario, parece que los excesos de horror de la pasada guerra y de las destrucciones masivas de pueblos—destrucción de Varsovia o de Oradour-sur-Glane; no es la densidad de población y los kilómetros cuadrados de superficie lo que cuenta, sino la barbarie y la ausencia de toda reacción humana en los que lo ordenaron y en los que lo ejecutaron; asesinatos en masa de la plaza de toros de Badajoz; fusilamientos a la ametralladora en Málaga—hayan dejado al hombre moderno como anestesiado moral-

mente. No hay en él ninguna fibra que vibre; ningún sentimiento que le agite y le levante: el horror continúa: en Irán o en Irak, en Hungría o en Guatemala; al lado de su casa o en los antípodas: la actitud de indiferencia es la misma; la renuncia a actuar y a defender bienes preciosos y precarios es la misma. Y es precisamente ese clima denso de abulia y de dimisión de los hombres y de las masas, el más terrible síntoma de la época que vivimos.

El nos dice que **toda pérdida total de libertad es posible** en no importa qué lugar del mundo. El nos dice que la acción de la minoría de hombres libres de todos los tiempos se hace cada día más trágica, más difícil y por ello mismo más indispensable.

Y para este hombre libre, libre de alma, libre de pensamiento, libre de juicio, que necesita por igual, para vivir y realizarse, de la libertad filosófica, de la libertad política y de la libertad física, ¿qué perspectivas se le ofrecen?

Bajo la dictadura roja, toda obra, toda creación intelectual, como toda acción física, está fatalmente sometida a una línea de partido o de grupo. En la libertad condicionada en que vivimos en el llamado **mundo libre**, cada día el ámbito moral se estrecha y el clima se hace más denso, más irrespirable. Vivimos todos bajo caución, con el sentimiento angustioso de la inestabilidad social y moral, con la duda permanente de nuestras acciones y de la interpretación de nuestras acciones. Flotan en el aire las reminiscencias del fascismo y, sutilmente, la gran victoriosa de la guerra ha ido y es sola y exclusivamente la Iglesia.

La Iglesia, con sus corrientes modernas, su línea política, su sueño y su realidad de permanencia histórica y de dominio espiritual. La Iglesia, la mayor y más perfecta organización de control y de hipoteca de las conciencias, mucho más perfecta—con perfección alcanzada en el curso de los siglos—que la organización internacional del comunismo. La Iglesia, que rehusa la tierra sagrada a Colette—que no la pidió ni la necesitaba—pero que, con su gesto, condena asimismo la libertad de pensamiento, la libertad moral como la libertad física. Colette es la encarnación del genio libre de toda coacción, de toda presión de interés, de prejuicio, de ambiente, la manifestación libre y osada del arte y de la vida. Con su negativa, la Iglesia, simbólicamente, la condena y condena también al hombre libre.

Condenado por la Iglesia, por el Estado; condenado por los intereses económicos y los intereses políticos; abandonado por la renuncia a la acción y la anquilosis espiritual de los pueblos, lo mismo en Oriente que en Occidente, ¿dónde encontrará refugio moral y físico el hombre libre moderno? ¿Cuál será su porvenir? ¿Cuál su destino? ¿Deberá buscar voluntariamente la libertad en la muerte, como en el drama de las personas desplazadas de «La hora veinte y cinco», o como Stefan Zweig se evadió de la barbarie?

En este mundo atómico y atomizado, en el que cada día los robots—robots mecánicos y robots morales—adquieren mayor importancia, ¿quedará sitio para los pensadores, los poetas, los sabios, las grandes individualidades, sin cuya existencia y sin cuya presencia la humanidad no hubiera salido del gregarismo primitivo?

Gabriela Mistral vista por su heredera



ALMA Guillén de Nicolau fué, durante décadas, amiga y secretaria de Gabriela Mistral. Luego, ha seguido siendo su amiga más íntima, hasta el punto de que Gabriela Mistral la ha dejado heredera, no tanto de sus pocos bienes, cuanto de su obra y de lo que de ella no está aún publicado.

Poco antes del fallecimiento de la poetisa chilena, le pedí a Palma Guillén que me hablase de ella. Las presentes notas fueron producto de esta entrevista, a la cual la muerte da una triste actualidad. He respetado el tiempo presente en que se desarrolló la conversación.

—Si hay un rasgo que es característico de Gabriela Mistral: su hondo respeto humano. Y esto se manifiesta de muchas maneras. Yo, que he sido secretaria suya largos años, he visto, por ejemplo, cómo todas las cartas las contesta, cómo las escribe cuidadosamente en lápiz, en su eterno cuaderno, para que luego las copien y envíen. Es como si considerara que todo el mundo, sin excepción, tiene derecho a su tiempo, a su recuerdo.

Palma Guillén de Nicolau podría hablar durante horas y horas de la poetisa chilena. Viajes, Premio Nobel, obras, anécdotas... Es lástima que no se decida a escribir un libro sobre ella. Pero, por lo menos, se presta a contestar a las preguntas.

—A los catorce años, Gabriela, hija de maestros, se fué a un pueblito, de maestra rural. Cuando regresaba de dar clases, se ponía a estudiar y de ahí viene que haya sido, siempre, una autodidacta. Gabriela no sabe aprender, no se le puede enseñar nada. Todo debe adquirirlo por absorción, por ternura con las cosas y las gentes.

—Después fué directora de Liceo y comenzó a escribir versos que le valieron el Premio Nacional de Literatura de Chile por sus «Sonetos de la Muerte». Cuando Vasconcelos era Secretario de Educación Pública, la invitó a venir a México, para ayudar al establecimiento de la enseñanza rural. Entonces la conocí, al encargarme de ser su piloto en nuestro país, tan difícil de conocer.

Los que nos obstinamos en amar la libertad; los que luchamos por ella y la necesitamos para vivir y desenvolvemos armoniosamente, esforcémosnos en defenderla, en salvarla, en garantizar la vida y los derechos del hombre libre, frente a todos los dogmas y a todos los intereses, frente a todas las razones de partido o de Estado. Dogmas, intereses, partidos o Estados pasan. Lo permanente es el hombre, con sus necesidades físicas y morales, su realidad subjetiva y su eternidad como especie.

Federica MONTSENY

N. de la R.—Este artículo fué escrito a requerimiento de la Revista «Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura», que no lo ha publicado.

«Gabriela sentía pasión por las cosas del campo. Su cepa campesina da significación y carácter a su obra. El valle de Elki, una hendedura en los Andes, bordeando la frontera argentina, con un arroyo al fondo, es su gran nostalgia. No puede vivir allí a causa de la altura. Para mí que su incansable viajar—San Cristóbal, eterno viandante, debería ser su patrón—, no es otra cosa que la búsqueda, en todos los rincones del mundo, de otro valle de Elki. Cuántas veces se lo oí describir, con sus altas montañas, los viñedos en las laderas bajas, y cómo recuerda el sabor de las frutas de su valle: los higos, las peras, los albaricoques, el damasco. «La mejor fruta de mi vida», dice ella. En lo alto, pura peña, amarrotada, amarillenta, y el pueblito, la Unión... En 1926 estuve en ese valle. Es tan estrecho que a las tres de la tarde, la sombra de una vertiente oscurece la del otro lado del cañaveral. Allí encontré la gente, la comida, los colores y los olores que Gabriela me había descrito... y los 2.000 metros que para su corazón equivalen al destierro.

«Cuando, en México, hace cinco años, se instaló en un rancho de Jalapa adonde le invitaron, tenía su rincón lleno de tuestos y habría comprado a gusto una granjita... Pero, como siempre, al cabo de dos o tres años, siente impaciencia por cambiar de sitio, por salir al mundo, a buscar su valle de Elki... y se nos fué a Italia.

«En 1936, el Senado de Chile la nombró cónsul vitalicio. Dondequiera que vaya, pues, Gabriela es cónsul de su país. Pero no se ocupa de cuestiones burocráticas. Su mera presencia es ya una propaganda para Chile y nuestra América. Antes, había sido cónsul honorario, sin sueldo. Porque Gabriela siempre vivió de su trabajo.

«Al principio de conocerla—Vasconcelos me había dicho: «Enséñele lo bueno y lo malo de México, sin doctrinarios—, me costó trabajo conocer a Gabriela, no a pesar de ser ella muy sencilla, sino tal vez a causa de eso mismo. Muy inteligente, más de lo que se cree, profundamente religiosa de espíritu, sin beatería alguna. Desde muchacha leyó cosas orientales, se interesó luego por la Christian Science, y, a su modo, practica la oración yoga de contemplación y concentración. «Yo no sé rezar con palabras», me explicaba una vez.

«Cuando Gabriela fué a despedirse del general Obregón, éste le dijo: «Me quedan seis meses en el gobierno. ¿Por qué no se queda usted? ¿Por qué no se va a Europa?» Y, así, el primer viaje de Gabriela al Viejo Mundo lo sufragó el gobierno mexicano.

—Pero, ¿cómo es Gabriela?

—Muy superior a lo que escribe.—La respuesta viene rápida, sin vacilación.—Nunca se ha entregado entera a lo que escribe o dice. No le interesan muchas cosas, pero las pocas que le apasionan han traspasado su vida entera: los problemas religiosos y social son su obsesión, sobre todo la cuestión de la pobreza, que ella vió desde niña y que nunca la ha abandonado en su peregrinar constante. La indignan los bosques quemados, la tierra baldía, y quisiera

que el mundo entero fuese un jardín. Por eso—esencialmente por eso—, le interesa la política y está al corriente de cuanto pasa en el planeta.

»En Europa, la prosa de Gabriela mejoró, al calor de sus amistades francesas: Valéry, Miomandre, Duhamel. Había empezado escribiendo crónicas en «El Universal» y siguió enviando artículos a periódicos de este continente. De lo que le pagaban por ellos, vivía en los pueblitos europeos. Ya no reincidió con su prosa a lo Neruo o lo Tagore, que había ensayado en Chile.

»Recuerdo que, una vez, encontró tres artículos suyos sobre Santa Teresa de Jesús, escritos mucho antes, y los relejó. «Pues mira, Palma, que está bien escrito», comentó.

»Después que Gabriela había regresado a Chile y estando yo en México, recibí un cable. Me decía que le habían ofrecido un puesto en el Instituto de Cooperación Intelectual—una institución Carnegie—, y que lo aceptaba si me iba a trabajar con ella. Allá me fui. Pasamos largas temporadas en pueblitos de Francia y luego de Italia, cuando Gabriela empezó a trabajar en el Instituto Internacional de Cine, de Roma. Detesta vivir en las ciudades—el campo, siempre el campo—. Aix-en-Provence, Yverres, Líguro, Lavagna... Allí se sentía, por un tiempo, en su casa, hasta que la fiebre de volver a caminar la dominaba de nuevo. Sus artículos en «El Tiempo», de Bogotá; en «La Nación», de Buenos Aires; en «El Universal», de México, le permitían vivir... gracias a que el franco y la lira estaban bajos.

»Al subir al poder el dictador Ibáñez, en Chile, Gabriela escribió contra él y el general le quitó la jubilación de que gozaba. Eduardo Santos ordenó, entonces, que «El Tiempo» colombiano le pasara una mensualidad, enviara o no artículos. Y, poco después, tuvo ocasión de ir a dar clases al Vassar College, de la Columbia University. En esta época Federico de Onís preparó la primera edición de los poemas de Gabriela, que salió con el título de «Desolación».

»Y Europa de nuevo: España, Portugal, poco antes de estallar la guerra civil. En Brasil durante la guerra mundial. Allí, en Petrópolis, la sorprendió la tragedia, la muerte de Juanito, su único familiar, al que quería como si fuese su hijo. Un muchacho de 17 años, que había participado en las disputas de escuelas entre fascistas y antifascistas, que acompañaba a Gabriela a todas partes.

»Antes, en Lisboa, le habíamos quitado a ella de las manos, casi arrebatándoselos, los manuscritos de «Tala», su segundo libro de poemas. Yo, que estaba entonces en la delegación mexicana en la Sociedad de las Naciones, en Ginebra, seleccioné, y Victoria Ocampo, en Buenos Aires, editó el libro.

»Para que se vea hasta qué punto Gabriela era apasionada y firme en sus convicciones, he aquí un hecho: lo que la decidió a dejar Lisboa y venir a América fué que Juanito, un chamaco todavía, se mezclaba, con sus amigos de la escuela, en las «Mocidades», la organización fascista de juventudes, y Gabriela quiso sacarlo de ese ambiente... Muchísimos padres no lo habrían hecho, de haberles gustado, como le agradaba a ella, la vida lisboeta.

*
*
*

»Termina la guerra. La escritora Adelaida Velasco, del Ecuador, propone a Gabriela para el Premio Nobel de Literatura. La comisión encargada de designar al beneficiario del Premio abre la encuesta habitual, para ver si el nombre de la persona propuesta tiene eco, si ejerce influencia real. Y el resultado de la encuesta fué el Premio.

»Gabriela estaba en su casa, escuchando la radio, cuando anuncian que la Academia Sueca le acababa de otorgar el Premio. «¿Para qué lo quiero yo ahora?», murmuró, pensando en Juanito.

»Enferma de diabetes, se fué a Estocolmo, a recibir el Premio. Muy abatida, refugióse en California, en Santa Bárbara, y allí, con el dinero del Nobel, se compró una casita. Pensó, por un tiempo, echar el ancla. ¡Imposible!

»Pero el Premio no cambió en nada a Gabriela. ¿Cómo iba a cambiar, si siempre ha sido igual a sí misma? Esta firmeza la llevó, una vez... no sé si debería contarle, a una ruptura radical con un amigo muy querido, con el cual se disgustó por el desprecio que mostraba hacia los artesanos y la clase media. Ella no podía tolerarlo. Pues Gabriela, que no se disgusta nunca por nada personal, es capaz de cortar la más íntima amistad por cuestión de ideas. Lea «El Hijo», uno de sus poemas más bellos, y lo comprenderá...

»Y comprenderá la pasión que siente por los niños, por los hijos de los otros, la que tuvo por su sobrino... ¿No están ahí, para probarlo, incluso las imágenes de sus «Sonetos de la Muerte», como aquélla:

Te acostaré en la tierra soleada,
con una dulcedumbre de madre para el hijo dormido.

»¿Qué apasionamiento no se trasluce siempre en sus poemas? Ella misma lo explica:

...mi amor no se confía
a este hablar de hombres, tan oscuro.
Estoy lo mismo que estanque colmado
y te parezco un surtidor inerte.
Todo por mi callar atribulado,
¡que es más atroz que el entrar en la muerte!

*
*
*

»En México, Gabriela Mistral inauguró un nuevo género poético, al cual llamó «recado». Fué con un «recado» a la maestra rural Lolita Arriaga, que este nuevo tipo de poesía, en lenguaje hablado, confidencial, íntimo, cálido, vino al mundo de las letras. Para escribir un «recado» hay que tener una manera de hablar ya de por sí poética... hay que ser Gabriela, en una palabra, la Gabriela que pudo componer aquél que dice:

Mi amigo me escribe:
«Nos nació un niño».

»Tiene escrito un «Recado de Chile», verdadero poema de más de cien mil versos, que exigiría un libro para él sólo y que algún día se publicará. Para escribirlo—como con cualquier de sus otros poemas—Gabriela se documentó, buscó datos reales y verdaderos sobre muchas cosas: los pájaros de su país, las costumbres de los animales, los nombres de los peces, hasta el sabor de los metales. Estuvo escribiendo a muchos amigos, durante meses, recabando los datos que no hallaba en los libros.

»Es extraordinario que con lo muchísimo que lee, Gabriela tenga todavía que consultar. Lee de todo, pero le encantan los libros sobre animales y plantas—¡el campo, otra vez!—y el teatro; en cambio, la novela, como género, no le interesa mucho.

»¿Si sus lecturas la influncian? Yo diría que más bien la influencia es de los lugares donde estuvo, de las gentes

TRIBUNA DE LIBRE DISCUSION

LOS LIMITES DE LA VERDAD CIENTIFICA

Al amigo B. Cano Ruiz.



En el n.º 73 de «CENIT» he visto tu respuesta a la que yo di a tu trabajo «La genética contra el concepto clásico de la justicia». De acuerdo con tu orden de discusión, paso a responder, resumiéndolas, a tus preguntas:

Primera.—La justicia clásica, ¿se halla o no cimentada en la idea-base que considera al individuo poseedor

de una voluntad?

Respuesta.—Efectivamente, ni más ni menos que toda noción de justicia o de moral, clásica o no.

Segunda.—La moderna genética, al pretender dar explicación anatomo-fisiológica a todas las manifestaciones de la vida humana, incluso a eso que llamamos psicología, ¿niega o afirma la voluntad?

Respuesta.—A la genética, como a toda ciencia que se precie de serlo, le está vedado sacar ciertas deducciones de tipo filosófico. Las sacamos los hombres

a las cuales trató. En Francia afinó su prosa, ya evolucionada antes en México. En España adquirió la gracia de la lengua del romancero. En Italia, bueno, en Italia yo creo que todo influyó en ella.

»Pero eso no le impide escribir; al contrario, la estimula a escribir en los cuadernos, abiertos en cualquier página en blanco y llenados de un tirón, sin descanso y sin correcciones. Es después, una vez termina lo que se proponía escribir, cuando empieza a pulir, corregir, cambiar. Y, en general,—aunque ella no quiera crieerlo—la segunda versión es inferior a la primera.

»Gabriela es escritora, claro está, porque escribir constituye su profesión y su manera normal de expresarse. Pero tiene tan pocas de las características corrientes en los intelectuales... No es vanidosa, discierne siempre el elogio sincero del halago. No es tampoco envidiosa, ayuda a quien cree que lo merece. Admite y provoca la crítica, en sus íntimos. Nunca rebaja a otros escritores... No hace vida de sociedad ni asiste a reuniones.

»Ya ve que no tiene ningún rasgo del escritor tal como solemos conocerlo. Y, además, conversando, es muy divertida, no se hace la interesante, no habla de sus obras, no formula teorías ni improvisa argumentos... Conversa con el lenguaje rural de las mujeres de su pueblo y le gusta poner apodos a sus amigos, para lo cual tiene mucha gracia, sin ninguna acritud.

»No estoy segura de que esta semblanza, tan rápida, tan incompleta, le agradase. Pero si estoy cierta de que no lo tomaría en cuenta... Porque así es ella.»

Así era. Así sigue siendo en su obra.

Víctor ALBA

por nuestra cuenta y riesgo en tanto que filósofos o así.

Tercera.—¿No interpreto yo bien la moderna genética?

Respuesta.—Posiblemente. Por lo que me afecta, tengo esta misma pretensión. Y sin embargo, llegamos a deducciones distintas. No te asustes. A los sabios, a los técnicos y a los especialistas, les ocurre otro tanto.

Cuarta.—Si aceptas esa voluntad que hace determinante al individuo, explícame qué es ella lo más científicamente posible.

Respuesta.—Confieso que soy tan incapaz de explicarte científicamente el voluntarismo como lógicamente el determinismo.

Quinta.—¿Es o no el hombre producto íntegro de los materiales-base que dieron origen a su vida y orientaron su desarrollo, más la influencia del medio?

Respuesta.—Al parecer éste es el caso del hombre físico. Pero con admitirlo avanzamos poco. Producto de materiales inorgánicos es la vida orgánica, y, sin embargo, la biología no ha podido todavía coimar la fosa que las separa; idéntico, si no mayor, es el abismo interpuesto entre el mundo anatomo-fisiológico y el psicológico.

Sexta y última: Establecida la verdad, como quiera que ésta no puede estar en contradicción con sus consecuencias, aunque se vayan barranco abajo todos los valores tradicionales, los principios morales y revolucionarios por los que luchamos ¿no surgirán acaso más vigorosos, puesto que han de basarse en verdades científicas, mientras que los valores tradicionales se cimentaron siempre en los errores religiosos?

Podría aquí señalarte que de lo que se trata precisamente es de sopesar la trascendencia de esa bancarrota de valores tradicionales que, precisamente, movió mi pluma. ¿No figuran acaso los «principios morales y revolucionarios por los que luchamos» entre esos valores tradicionales? Pero no se trata de subordinar la verdad a su trascendencia, la causa al efecto, sino viceversa. Veamos, pues, si es posible ir a la verdad, descender a la causa.

Lo primero que resalta de tu trabajo es que existe una verdad científica dirimente de calidad en la cuestión que discutimos. Te remites, pues, al laudo de esa verdad científica; para ti lo único que importa es salvar la verdad.

Por mi parte estimo que la verdad es la mayor angustia de la ciencia. ¿No será la verdad científica la menos científica de las verdades? ¿No será la verdad científica el más irreductible de los prejuicios religiosos incrustados en la ciencia? Se me podría objetar que no se trata de verdades absolutas. Pues

no; no puede haber más que una verdad: la absoluta. Toda verdad relativa lleva consigo, a justo título, los gérmenes, las ambiciones, las pretensiones de verdad absoluta. A justo título, porque la verdad no absoluta es siempre una verdad a medias.

Con lo que dejo dicho pretendo que siendo la ciencia el único tribunal competente para arbitrar nuestras diferencias hay que descartar de nuestra mente el prejuicio—religioso quizás—de un fallo científico inapelable. Veamos una prueba:

Por una parte leemos a menudo en libros científicos que el mundo ha ido reduciéndose con el progreso de las comunicaciones. Los mares se han convertido en lagos bajo las quillas de los modernos paquebotes. El Lejano Oriente ya no es lejano sino accesible a unas horas de vuelo. La radio hace que un suceso determinado repercuta al instante en todo el orbe. Instrumentos maravillosos nos permiten escrutar el Universo, analizar químicamente los astros. Tan pequeño resulta ya nuestro mundo que estamos proyectando la conquista de la luna como primer paso para un salto en el espacio, en busca de expansión.

Veamos por otra parte: «Es un lugar común afirmar que nuestro mundo se hace sin cesar más grande. En todos los sentidos, en todos los dominios, en todas las direcciones. Casi todos los descubrimientos hechos en los últimos años han hecho retroceder las fronteras y alejar los orígenes. El Universo es mucho más grande que se había pensado, la Tierra más vieja, el Hombre más antiguo... El mundo no se amplía solamente en el tiempo y el espacio. Se amplía más cada vez que surge una nueva noción, cuando aparece un nuevo poder. Ampliación de las matemáticas por anexión del transfinito... Ampliación del sér espiritual por la exploración del subconsciente... Ampliación de la técnica por la cibernética y por la física nuclear...» (Jean Rostand: «Peut-on modifier l'homme?», Edit. Gallimard, París, 1956.)

He aquí la ciencia dándonos una de cal y otra de arena. ¿Dónde está la verdad?

¿Nos revelará la ciencia algún día la verdad, sea del determinismo, sea del voluntarismo? Requerido al respecto el más competente tribunal científico no tardaría en dividirse. La tarea de negar o afirmar la facultad volitiva del hombre, con todas sus inmensas consecuencias, no podría dejar de pesar terriblemente en el espíritu de la reunión. Dejar en la puerta del laboratorio todo prejuicio subjetivo creo que es humanamente imposible. Por otra parte, quién sabe si la intrusión de prejuicios en el arcano científico no tuvo tantos inconvenientes como ventajas. Ya sabemos donde nos ha llevado la ciencia pura, el arte puro, el realismo político. El dogma religioso más cerril podría aquí sacudirse algunas pulgas, devolverse por pasiva a pretendidos antidogmáticos no menos cerriles. Los iluminados, los apasionados, los empíricos, no han cometido sólo disparates y atrocidades.

Pero se trata de conocer en nuestro caso el dictamen de la ciencia. Pues bien: posiblemente no hubiera un solo dictamen sino dos; o más bien dicho, dictamen y voto particular. El dictamen propiamente dicho podría ser éste:

La ciencia genética se ha apuntado el prodigio de

provocar la fecundación artificial, sin contacto de los sexos, mediante espermatozoides en conserva. Puede también provocar la fecundación prescindiendo de una de las células reproductrices: la del macho, que puede ser reemplazada por ciertos agentes químicos. Puede, en suma, hacer nacer un sér de un huevo femenino virgen, sin concurso masculino (el misterio de la encarnación ha dejado de ser misterio). Habiendo descubierto que todas las células del cuerpo (de la piel, de los músculos, de las glándulas, etc.) contienen los elementos necesarios para el desarrollo de un nuevo sér—reproducción o réplica del sér entero—desde hoy queda abierta la posibilidad de un tiraje infinito de ejemplares del sér original, exactamente como ocurre con los libros. (Si el original fuese un Einstein, imagínese la ventaja.)

Un huevo fecundado puede ser extraído de la matriz y hacer que termine su gestación en matriz ajena. Por medio de injertos se pueden trasplantar córneas de una especie a otra; lo que permite al beneficiario ampliar su facultad visual. Mediante los rayos X se pueden producir monstruos en serie. (Esta será posiblemente una de las industrias más florecientes del futuro político de los Estados.)

Pero para nosotros lo más interesante es el papel de las hormonas. Con ellas se puede hacer una especie de polvos mágicos con los que poder determinar a voluntad caracteres, sentimientos y tendencias. Habida cuenta de que todo organismo contiene en estado potencial los dos sexos, basta aplicar a uno tal o cual hormona para determinar en él el sexo deseado. Otras hormonas son capaces de precipitar la pubertad; otras de estimular el sentimiento maternal; con otras se puede destetar fácilmente a los lactantes; con otras determinar la preñez múltiple; con otras, ayudar al crecimiento; y con otras a la enanez. El cultivo de los órganos aislados (corazón, pulmón, útero, glándulas...), bajo ciertas condiciones, fué inaugurado hace veinte años. Se ha podido transformar a voluntad una glándula en ovario o testículo...

Pero todo esto se realiza siempre **bajo ciertas condiciones**. Por ejemplo, los injertos son mal soportados por los animales superiores... «La barrera de la individualidad constituye un obstáculo infranqueable...» (Rostand, obra citada.)

Ya es hora que cedamos más extensamente la palabra a este ilustre biólogo. Será el suyo el prometido voto particular. Como quien dice el reverso de la medalla. En la obra de Rostand antes citada, y a renglón seguido de estas proezas de la genética, se lee lo que a continuación traducimos:

«Ya que a partir del momento la ciencia reemplaza a la célula seminal en su obra fecundante, ¿por qué no creará mañana la vida? Habiendo creado razas y variedades nuevas, ¿por qué no creará mañana especies y géneros? ¿Por qué no se hará dueña de la evolución orgánica y, singularmente, de la evolución humana?

»Es éste el momento de recordar que nuestros éxitos, por asombrosos que sean, dejan poco menos que intactos los formidables enigmas de la vitalidad. Los tres problemas cardinales de la biología—problema de la formación del sér, problema de la evolución de las especies, problema del origen de la vida—han sido apenas aflorados por los investigadores. Tene-

RINCON DEL SABER



El nombre misterioso de Africa nos hace pensar en negros semidesnudos habitantes de la selva y moros excesivamente vestidos que cuando no viven en típicas ciudades vagan por el desierto de oasis en oasis; pero hay mucho más: hay por ejemplo un pueblo de montañeses, los tedas, habitantes del macizo del Tibesti, al S.E. del Sahara, donde hay picos de más de 3.000 metros.

Los tedas, cuyo número se calcula en unos 12.000, forman parte del grupo racial de los tudús, muy diferentes de los africanos, son de origen misterioso. Para algunos provienen de antiquísimos pobladores del continente, anteriores a la llegada de los negros y los negroides, mientras para otros descienden de asiáticos que en el siglo VIII invadieron el sur de Egipto y fueron luego rechazados hasta el desierto. Son altos, delgados pero fornidos, de anchas espaldas y mientras en las facciones tienen muchas características que los acercan a algunos pueblos blancos, su piel es negrísima, más oscura que la de muchos pueblos auténticamente negros. Se comparan ellos mismos con los monos al sentirse orgullosos de su agilidad y sintiendo también orgullo por ser sobrios y resistentes a las penurias, sienten satisfecha su vanidad cuando los encuentran sobre su camello atravesan-

do el desierto con el odre del agua completamente vacío.

El hilado, el tejido y la costura son allí trabajos propios del hombre, mientras la mujer trabaja en cestería y como alfarera; pero las tres actividades principales son la cría de animales, la agricultura y los ctajes. Algunos los han creído dados al ocio, pero otros entienden que esta idea viene por juzgarlos de una manera demasiado occidental, y que la realidad es que son sobrios... hasta en el trabajo, que consideran superfluo poseer más de lo que necesitan para sustentarse, excepción hecha de los animales. El cuidado de los camellos es la tarea más noble a que puede dedicarse el hombre, los niños cuidan los rebaños de cabras y hay asnos salcajes, que capturan y doman, especialmente para que monten las mujeres.

Las tareas agrícolas son en cambio despreciadas; las realizan esclavos, siervos, la gente más pobre y, en último caso, las mujeres. Consiste en la siembra y cosecha de granos, la fecundación de las palmeras y la recolección de dátiles, que es el gran acontecimiento de cada año, y da motivo a la más importante «sagada» o sea reunión general, que se efectúa durante una luna nueva, entre julio y agosto. También otras sagadas son motivadas por las tareas agrícolas y por sucesos familiares: nacimiento, circuncisión, casamiento y muerte.

mos una idea muy vaga sobre la forma en que un organismo complejo puede estar contenido en un germen; tenemos apenas idea sobre la forma en que, en el curso de las edades, se han producido las metamorfosis orgánicas que hicieron salir la especie humana de un virus original; no tenemos la menor idea sobre la forma de nacimiento de los primeros seres.

«Así es que, después de haber subrayado el carácter extraordinario, prodigioso, de la biología, cabe destacar ahora lo que hay, sin embargo, de superficial y de especial en esta magia que es la nuestra. Tras los tiempos de orgullo, los tiempos de modestia. Sepamos reducir a su justa medida nuestros triunfos de aprendices, sepamos poner sordina a nuestra embriaguez de pigmeos...»

Y más adelante nos dirá el sabio:

«Pues es de todo punto cierto que todo el poder del biólogo es impotente para crear una célula, un núcleo, un cromosoma, un genes... Nosotros alteramos las relaciones o las cantidades, modificamos los ritmos, hacemos obrar tal factor más pronto o más tarde, o lo suprimimos, o invertimos el orden de los factores, o introducimos aquí lo que debía haber operado allá, o hacemos intervenir en masa una substancia que, normalmente, suele intervenir a pequeñas dosis. Hacemos, en suma, juego de manos con el huevo y el embrión. Y cierto, manipulándolos de esta guisa, podemos divertirnos e instruirnos

hasta el fin de los siglos. Combinamos, trasponemos, intercalamos; pero sacando partido siempre de lo que existe; explotamos el poder verdaderamente creador de lo vital, brodamos sobre el cañamazo preexistente de la obra maestra, sacamos hábilmente partido de la ingeniería celular, y, en esto, nos parecemos un poquito a esos rapsodas que se hacen aplaudir a buena cuenta parodiando una escena del «Cid» o recitando el «Cirano de Bergerac».

«¡Guardémonos—copiamos para terminar—de acaaparar toda la gloria de los éxitos obtenidos! En nuestras experiencias más arrebatadoras, las más espectaculares, el principal espectáculo lo da la vida anónima. «Hemos llegado bastante lejos en tanto que hombres», decía Montesquieu. No olvidemos ese «en tanto que hombres» y no tomemos ínfulas de demiurgos o de demiurgos allí donde sólo somos aprendices de brujo.»

Basta por el momento. Lo impone el buen orden de esta plática. No pretendo haber sentado ninguna verdad irrefutable. Por lo contrario, creo haber incurrido en múltiples contradicciones. Es moneda corriente en todo aquel que quiere, busca y defiende la verdad. Siendo concretos los datos, rigurosamente científicos, hay un mar de deducciones a sacar. Yo sólo he querido mirar de frente a la faz difusa, profusa y confusa de la verdad científica.

José PEIRATS

Las sagadas comprenden ceremonias propiciatorias y, en particular en la de la cosecha de dátiles, el jefe pronuncia un discurso culpando a la falta de virtud cualquier suceso desgraciado habido; hay actos de arrepentimiento público y se hace un curioso sacrificio: las mujeres llevan dátiles, leche, tortas de harina de mijo, etc., que se reparten entre los asistentes; sin dejar nada a la deidad cuyo auxilio se pide.

Los viajes que mencionamos como importantes son necesarios para ir de una sagada a otra. También la poligamia hace viajar al marido recorriendo las tierras de sus mujeres que suelen quedar al cuidado de ellas, y viajan también de una región a otra llevando cabras, dátiles, mijo, etcétera, y cambiando esto por aquéllo, por sal, por textiles, por ciertas semillas con que curan la sarna de los camellos.

Desde hacia mucho tiempo los pescadores de algunos lagos alpinos venían diciendo que había postes clavados bajo la superficie del agua y, dicha así la cosa, resulta natural que pasase siglo tras siglo sin que nadie se preocupara por eso más que para evitar que sus artes de pesca se enredasen... pero el invierno 1853-54 fué muy crudo, las cumbres heladas más a fondo negaron agua a los lagos, el nivel del de Zurich bajó considerablemente y los habitantes del lugar aprovecharon la ocasión para ganar terreno al lago, haciendo rellenos con materiales extraídos de su fondo.

Aparecieron entonces, perfectamente conservados, restos de una antigua civilización de la edad de la piedra pulida: armas, útiles diversos y hasta cuerdas y tejidos fueron encontrados entre los restos de habitaciones construidas sobre pilotes de troncos de árbol, y los arqueólogos no dudaron de haberse hallado una prehistórica ciudad lacustre, construida sobre el agua para mejor defenderse contra enemigos humanos y bestias feroces.

Un cuarto de siglo después, la construcción de canales y la modificación del curso de algunos ríos suizos, permitieron secar pantanos e hicieron bajar algunos metros el nivel de varios lagos, dejando definitivamente al descubierto otras construcciones como la anteriormente hallada.

La multiplicación de descubrimientos de este género aportó un gran caudal de material de estudio y se pudo establecer que estas construcciones, casi todas de más de una hectárea de superficie, abarcaron una época muy larga, que llega hasta pocos siglos antes de nuestra era.

No sólo en Suiza, sino en muchos otros lugares de Europa, se hallaron restos lacustres, lo cual no extrañó a nadie, pues construcciones de este género existen actualmente en Oceanía... y no olvidemos que Venecia fué construida sobre las aguas y que las habitaciones de los indígenas del golfo de Maracaibo son la causa del nombre que lleva Venezuela, o sea pequeña Venecia.

Pero... ahora viene lo bueno. Estas ciudades, hundidas en el agua hace miles de años por haber subido el nivel de los lagos, ¿habrán de hundirse otra vez bajo el peso de los argumentos del alemán Oscar Paret, profesor de Prehistoria?

Según su opinión, las construcciones de que hablamos, son netamente distintas de otras habitaciones lacustres y es técnicamente imposible que hayan sido hechas sobre agua. Dice que las reconstrucciones modernas de esas obras no significan nada, porque para hacerlas se recurrió a técnicas perfeccionadas, que los antiguos no poseían. Argumenta que los pilares de sustentación resultan pocos y débiles para soportar el peso de toda la construcción acrecentado por la humedad e invernales acumulaciones de nieve, que calcula

en una tonelada por metro cuadrado. Menos aún habrían podido soportar los esfuerzos laterales de las olas y del viento, y por el carácter de las reparaciones hechas, sin cuidarse de agregar demasiadas sobrecargas, tampoco debieran ser construcciones sobre el agua. Según su teoría, se trataría de ciudades levantadas, no sobre lagos, sino sobre pantanos; sólo un suelo cenagoso se habrá buscado como defensa contra ataques exteriores.

Esperemos la opinión de otros sabios. Quizá alguno diga que la diferencia no es mucha, pues siempre hay épocas en que los pantanos se cubren de agua, y quedan como lagos.

Estudiar la vida de los insectos, saber qué comen y quiénes se los comen a ellos, dominar las etapas de sus metamorfosis, no es asunto de pura curiosidad científica sino trabajo de alta utilidad práctica, porque estamos en guerra con la gran mayoría de ellos y hay que conocer al enemigo para atacarlo por el lado que sea más vulnerable.

Después de haber merecido sendos dedos de nuestras manos el nombre villano de «pulgares», aprendió el hombre a matar insectos de muchas otras maneras, y la más difundida es la guerra química llevada a cabo mediante insecticidas. Compuestos de ese arsénico que los Borgia usaron en las cortes, pasaron a manos del agricultor; la nicotina con la que nos suicidamos lentamente y el ácido cianhídrico con que se ejecuta a condenados en cámaras letales, se usaron y se siguen usando, con el fluoruro de calcio, el sulfuro de carbono, etc., etc., y hasta las flores de piretro.

Todo esto podía hacerse con conocimientos químicos muy primitivos, y la segunda etapa, la era moderna de esta guerra química se inició recién en 1937 cuando P. Meller descubrió las propiedades insecticidas de un producto que a fines del pasado siglo había descubierto el alemán Tiedler, el diclore-difenil-triclorcetano, cuyo nombre hubo que abreviar con la conocida sigla de DDT.

El hombre necesitó mucha ciencia para descubrir este nuevo medio de destrucción, que no llegó a ser de exterminio porque los insectos se defendieron apelando a otra ciencia, la ciencia innata de la Naturaleza, cuya ley es muy dura: adaptarse o morir. Cantidad de especies existen hoy solamente como fósiles porque no se adaptaron a los cambios habidos en épocas geológicas; pero los insectos pudieron adaptarse al DDT. Se les veía desaparecer en masa ante el nuevo tóxico; pero algunos, naturalmente dotados de más resistencia y que no habían recibido una dosis necesariamente mortal, fueron sobrevivientes que, reproduciéndose entre sí, crearon una descendencia menos vulnerable. Se aumentaron las dosis de insecticida y creció más la resistencia de los insectos.

Pero los químicos siguieron adelante. Ya se sabía que estas complicadas moléculas químicas no actúan «todas enteras» si puede decirse: son ciertos átomos o grupos de átomos los que entran en acción, aunque el resto de la molécula cambie las propiedades del cuerpo. Por esto los químicos no anduvieron a ciegas; cambiaron unos átomos y otros, modificando la molécula del DDT y descubrieron que su eficacia radica en los átomos de cloro convenientemente colocados y aparecieron otros insecticidas clorados, como el exaclociaelollano (gamexán). Luego partiendo de un gas fosforado usado en la guerra química del 14, llegaron a nuevos insecticidas cada vez menos tóxicos para el hombre.

Así se corre una carrera. Los insectos se adaptan a los insecticidas, y van surgiendo del laboratorio otros insecticidas nuevos, que generalmente se emplean mezclados con

Los libros y los días

Escritores franceses en los Estados Unidos



LOS últimos libros franceses traducidos y publicados en Norteamérica muestran con bastante justeza el nivel del gusto de Europa y de América del Norte en materia literaria. Por orden de éxito comercial, los autores se pueden citar así: Françoise Sagan, Simone de Beauvoir, Jean Giono y Marcel Aymé. Un libro recientemente publicado en Francia y no traducido aún, que sin duda tendrá aquí lectores, es el de Camus titulado «La Chute», es decir, «La Caída». Se está leyendo bastante en francés, entre los grupos minoritarios.

El hecho de que sean dos mujeres las que más se leen, no es extraño. Francia, país de cultura feme-

nina, tiene escritores con faldas que traducidos al inglés en los Estados Unidos—donde la mujer decide las líneas generales de la existencia al menos de puertas adentro—son recibidos con curiosidad y a veces con ansiedad. Lo mismo Sagan en su «Certain sourire», que Simone de Beauvoir en sus «Mandarinnes», las dos dan una nota erótica bastante cargada de especíes y salsas.

Nada hay nuevo, sin embargo, en el erotismo juvenil de la señorita Sagan, ni tampoco en la sensualidad madura y un poco melancólica de Mme de Beauvoir. Tampoco hay novedades de estilo ni de actitud filosófica. Si vamos a elegir a una mujer como representante de las letras francesas más audaces y más originales, tendremos que recurrir

los viejos, tratando de atacar al insecto simultáneamente y con varios tóxicos a la vez... y así prosigue esta guerra química, que no deja de tener inconvenientes cuando se hace demasiado a fondo y sin discriminación, por la cantidad de insectos útiles que cae víctima de ella.

Que el vidrio puede convertirse en hilos, no es ninguna novedad. Es indudable que el primero que se inició en el tan mentado arte de soplar y hacer botellas se tuvo que dar cuenta de que, estirando la masa pastosa de vidrio caliente, se forma una varilla que se hace delgada cuando más se la estira. Si el movimiento hecho para estirarlo es lento, la parte más delgada tiene tiempo para enfriarse y tomar consistencia, con lo que ya no se adelgaza más; pero si el movimiento es rápido a la vez que amplio, se aprovecha mejor el tiempo en que el vidrio está blando y se llega a tener hilos finísimos.

Es muy fácil hacer un hilo de vidrio... pero resulta muy difícil que un procedimiento manual logre hilos perfectos, de grosor homogéneo y suficientemente largos. Esto se logró hasta cierto punto en el siglo XVII, y hay una estampa, la más antigua mención del vidrio hilado que se conoce, en la que Luis XIV presencia esta operación en la que una gota de vidrio fundido es estirada haciendo girar rápidamente una especie de rueca; era hilo de vidrio destinado a bordar un traje de ceremonia para la Gran Delfina. Es de imaginarse lo que entonces se habrá comentado sobre los enormes progresos de la época... y a estos progresos en artes y oficios bien podría referirse el hecho de que las abejas—símbolo de laboriosidad—que adornaban el manto imperial de Napoleón, estuvieran también bordadas con «sedas de vidrio».

El vidrio aparece en escena otra vez; pero esta vez como un traje completo, hecho todo de vidrio tejido, en una época que para el caso nos resulta muy lejana, en una expo-

sición comercial realizada en 1893 en Colombia... pero este anticipo, que tanto se adelantó a la industria del vidrio textil, tenía un aspecto ordinario de tela burda. La firma inglesa de Edward Drumont que lo presentó, habría estado más de acuerdo con la calidad del tejido haciendo bolsas y no un traje.

Asombra que un material tan frágil pueda ser trabajado en telares y convertido en tela; pero el vidrio estirado, hilado, es muy diferente del vidrio de un vaso o un florero. En un objeto de vidrio cualquiera, las moléculas se hallan desordenadas, orientadas al azar en toda la masa y, en cambio cuando se estira el vidrio convirtiéndolo en fibras cuyo diámetro llega a ser de algunas milésimas de milímetro, las moléculas se ordenan, se disponen simétricamente ordenadas en el sentido de la longitud, y el material adquiere una resistencia mucho mayor a la rotura y se hace muy elástico. A más, el rápido enfriamiento debido al escaso grosor del vidrio, da a toda su masa ese temple que tienen los objetos de vidrio «dichos» irrompibles. Agréguese a todo esto que en la actualidad los vidrios destinados a ser convertidos en fibras, son de composición especial, que contienen compuestos de boro o de aluminio.

Hay en el vidrio textil una paradoja curiosísima, la de que sólo pudo realmente progresar cuando la idea fué abandonada. En efecto, ante las dificultades de lograr fibras perfectas, de grosor uniforme, se fueron poco a poco enfriando los entusiasmos y la industria se dedicó a fibras industriales que aprovecharan las excelentes cualidades del vidrio, inalterable, incombustible, excelente aislador térmico y acústico, liviano, etc., etc. La lana de vidrio tuvo salida industrial y con su industria realizada prácticamente vinieron los adelantos que habría sido demasiado costoso alcanzar con ensayos improductivos.

SERGIO

todavía a la gran Colette, fallecida hace un par de años en París.

Françoise Sagan es muy joven. ¿Qué se puede esperar de una novelista de veintiún años? A esa edad se puede escribir poesía lírica y hay grandes poetas que han escrito lo mejor de su obra entre los quince y los veinte. Pero la novela exige experiencia, decantación moral y madurez. Las grandes novelas de los autores rusos se escribieron al final de la vida de sus autores. Lo mismo se puede decir de los autores franceses del siglo pasado.

«Un certain sourire» es una narración sin caracteres originales, sin problemas notables, sin bellezas de estilo. El único atractivo consiste en la confesión erótica en primera persona, que no es tampoco sensacional y ni siquiera picante. Si sigue trabajando, la señorita Sagan será un día una novelista. Por ahora es una simuladora que, de tarde en tarde, nos ofrece la apariencia de la novelista con un cinismo prestado de adolescente que se ha escapado de la escuela. A veces, encantador. Con más frecuencia, torpe.

Con Simone de Beauvoir la cosa es diferente. Sus «Mandarines» cultivan el prestigio de París con una serie de alusiones indirectas a hechos medio revelados que gozan el escándalo más que por lo que sucede, por las personas a quienes se supone que les sucede. Es decir, los dos libros femeninos extraen su interés de un hecho que ha caracterizado la vida francesa o que es el lugar común de la vida francesa desde el siglo XVIII: el gusto agrídulce del escándalo.

En cuanto a los autores masculinos recientemente traducidos tenemos a Jean Giono en su «Husar en el tejado» y a Marcel Aymé en su «Yegua Verde». Los dos tienen zonas comunes de sensibilidad, al menos cuando escriben sobre la campiña. Aymé mantiene en el campo la mirada cruda y un poco corrosiva del hombre de ciudad. Giono, en cambio, cuando va a la ciudad y escribe sobre ella, conserva el acento panteísta un poco simple, pero substancioso y profundo, de las montañas de Manosque en el sur, donde vive.

Giono es el más complejo, original y durable de los cuatro. El que deja una obra más densa y personal. Hay que tener en cuenta que es también el más viejo, y que los otros no han tenido tanto tiempo como él para fijar en el papel impreso un reflejo de su riqueza interior. En los Estados Unidos, Giono ha tenido un éxito discreto de venta y una excelente crítica. No creo que llegue a ser un autor leído por las multitudes, la razón es que tiene una visión estática y quieta de las cosas y que su panteísmo es el de un introvertido y se consume a sí mismo en la lírica de una prosa musical. Estos últimos valores se pierden en la traducción.

Un novelista mediocre, pero un buen ensayista (André Malraux), ha dicho que los tres mejores escritores de su generación son en Francia Montherlant, Giono y Bernanos. Eso de los mejores o los peores es siempre difícil y caprichoso de establecer. Pero todo el mundo aceptará que los tres autores citados están fuera de discusión y representan aspectos del pensamiento francés en su más alta coyuntura.

Marcel Aymé es un caso curioso. Sin grandes cursos formales, usando del realismo consagrado desde Balzac y exacerbado por la post-guerra pri-

mera. Aymé encuentra los ángulos inesperados donde el humor se refugia disfrazado de poesía o la poesía lo enriquece con la media sonrisa del humor. Un manjar delicado para las multitudes americanas o europeas. Pero no hay que olvidar que en el norte de América hay minorías también y que estas minorías son—proporcionalmente al tamaño de la nación—más extensas que en otras partes.

En cuanto a Camus, cuyo último libro se lee estos días en francés por la gente «enterada», debemos confesar que «La Chute» nos ha decepcionado un poco. Tal vez la culpa sea nuestra por esperar demasiado. Cuando admiramos a un escritor, vamos situándolo sin darnos cuenta en un nivel cada vez más alto. Tan alto que su obra futura, al obligarnos a reajustar el héroe con la realidad, nos da una sensación de pobreza y de insuficiencia.

Eso no quiere decir que «La Chute» sea un mal libro y mucho menos un libro mediocre. Pero es inferior a «La Peste» y «El Extranjero», traducidos con éxito en los Estados Unidos. «La Chute» es una confesión en primera persona de un burgués próspero, un abogado de París en quien la conciencia social y la conciencia moral despiertan al mismo tiempo. Ese burgués parisiense está en los años en que la madurez satisfecha se asoma a la pendiente de la decadencia.

La narración es en el fondo (como la mayor parte de los libros de Camus y de Sartre) una lección moral, que en la mayor parte de los casos podría hacer suya el cristianismo. El héroe de Camus nos dice que desde que un día en París vió a una muchacha arrojarse al Sena y no hizo nada por salvarla y ni siquiera por avisar a quienes podrían salvarla, ha llevado consigo una acusación, un remordimiento latente y a veces presente. El héroe no es, sin embargo, un tipo religioso. Lejos de eso. Es un «bon vivant», incluso un «roué», que basa el edificio de su dicha en la atonía moral.

La responsabilidad de cada uno de nosotros en el crimen de todos los demás es evidente. Nuestra propia intervención—activa o pasiva—en todas las injusticias del mundo y en los horrores y miserias de la humanidad (el ejemplo más reciente es el de Hungría) va suplantando en las novelas modernas a los temas amorosos del romanticismo y a los temas filosóficos del clasicismo. La filosofía de Sartre y de Camus en sus novelas, cualquiera que sean las diferencias entre esos autores—y son notables—, es religiosa. Es decir, a la larga o a la corta es moral cristiana.

El camino de la humanidad, en lo que va del siglo, parece ir cambiando y cada día se advierte con claridad mayor que es un camino de una religión que no se diferencia gran cosa de la de Jesús, pero sin dogmas, sin iglesias, sin sacerdotes. Es decir, sin fórmulas.

El deseo de una religión sin iglesia es una actitud más religiosa aun que todas las conocidas hasta hoy. En el fondo, hay una fuerte dosis de utopía. No importa que los nuevos valores se nos presenten a través de una estructura escéptica, desolada y negativa. Por contraste, el lado positivo se nos ofrece más claro que nunca. ¿A dónde nos llevará todo eso?

Ramón SENDER

LA LENGUA DE HOMERO

proton). Cada idioma que lo vale, aparece milagrosamente en preñez espiritualmente de varios idiomas. A nadie estupefiará esto, si se tiene en cuenta que albañilerías y canterías glosológicas producen en pleno anarquismo de mentes y sensibilidades. Son hijas del capricho y libre iniciativa individual y popular; y no obra legislativa de academias estériles como Saras, cronometrado su bolillo y trigonometría como trigo y como trigonos su huebra.

déuteron). Consecuencia de lo dicho es la innúmera familia de los lenguajes; el zumbor de abejorros de los dialectos y los argots, que espontáneamente asoman en cada área o era social y nacional de un país. En España, madre fecunda de toda prole, se hablan cuatro idiomas, bien nacidos y mejor conformados; tantos dialectos como villas y aldeorrios tienen su cueva en la Península; y muchedumbre de jergas y calós, no todos ellos gitanos: de salones, de tabernas y de oficios; de burós y de «burots»; de presbiterios, cuarteles y lupanares, etc., etc. En España, casi cada jayán y gañán se expresa como prefiere. De jornalero y bracero para arriba, se puede decir que se muge. Las españolas se han apañado para hallar cada una un original y novedoso modo de flirtear, amprado a las mieles.

triton). En el escritor, en que no radica una manera personal de manifestarse, ya podéis jurar que no existe persona. El plumífero noumenal tiene que ser singularmente fenomenal, inconfundiblemente noético y noemático. Su revelación, y no la espasmódica de Patmos, es la inconfundiblemente divina. Quevedo que yo reputo el ingenio más extraordinario de toda literaturización y de todos los siglos, se ha forjado una peculiarísima fabla. Con el diccionario de barbería de «La Española», no cabe entender a Quevedo. Góngora hasta una gramática de su propiedad se ha agenciado. Poco menos que Lope. La Cepeda revolucionaria con la vorticosidad de sus tocas, la puntuación y la sintaxis. Luis de León se quiebra de fino en prosa y en verso. El «Lazarillo», la «Celestina» y el Arcipreste pueblan de sublime canalla nuestro Parnaso, lo desharrapan en una nudidad de altísima barriobajeza, de formidable Distrito V barcelonés. Paralelamente...

tétarton). En Grecia no se chamulla con el mismo canon en la Negropóntide, que en el mar de Myrtos. Los beocios, a quienes, por lo pesados, parecía que les colgaba de la lengua un buey, y que sin embargo deslumbran por su claridad en Leuctras y Mantinea, no iban a tener la expresionalidad electrónica de los volaces y agilísimos espíritus atenienses. El laconismo de los férreos espartiatas era de acero; y pincha y corta lo mismo que sus espadas. A los istmeños les era tan congenital la apostura, que al bien decir muy compuesto y ungido o regado de afeites, se le denominó por antonomasia estilo corintio. Los focenses de Focea, no los focidios de Fócida, propenden a la redundante fastuosidad

asiática. De ellos les manan su locuacidad y su insubre o insobria gesticulación y su disloque hiperbólico a Marsella y a algunas burgalías de nuestro Levante o levántate y anda.

pempton). El griego de andar por casa, que se enseña en las escuelas, es un pseudo ático, con entrevos de ateneidad. Sin tomar en consideración que la Katápolis (ciudad llana de Atenas) no usaba el «sermo» pomponudo de la Acrópolis. Ni el barrio extranjero o de metecos de Melita estaba en condiciones de platicar sin intérprete con el Cinosargo. Las orillas del Iliso murmuran arias muy distintas de las del Dipilón. La marinería del Pireo riñe en una jerigonza cosmopolita, verdaderamente circummediterránea y babélica.

ekton). ¿Cómo iban a hacer funcionar la guturalia, la dentalia y la labialia del alfabeto heleno, igual en Crotona que en Calcis; en Argos, que en Sicioñe y que en Tirinto? A los dorios se les aplomaba el vuelo del magín, que los jonios tenían muelle, femenino y aquilino. Acarnania se pegaba al Pindo tesalio, por paradoja de Pegasos aligeros, porque de allí le llovía el agua benéfica (Aquelao); en tanto que la lira colía se remonta a las cumbres del Eta y del Citerón. Breve. Hubo en Grecia tantas provincias lingüísticas como políticas; y tantas ciudadelas del pensamiento como islotes en su multipiélagos. Samos razonaba con dialéctica insular, muy suya, y con un vocabulario y un dialecto, que también se había creado ella ¡a fértil recursiva! Mitilene requebraba como con flauta. Toda Lesbos contaba y cantaba sus querellas en un trino embriagador. Mileto y Halicarnaso, también retóricamente se habían declarado autónomas y levantado pendón de independencia.

ébdomon). Cabalmente el dialecto milesio era el de Herodoto y el de Tales, y en general, el de la escuela de filósofos de Jonia, nativos o vecinos de la preclara anatólica metrópoli. La lengua de la Ilíada es la de dos bardos diferentes, separados por ancho espacio de tiempo el uno del otro; así como la de los rapsodas que posteriormente entrapajan la augusta clámide con aditivos, remiendos, piezas, concusidos y chapuzas de toda índole. Los verbos de los héroes que fueron a hacer el vándalo a Troya, sus aoristos, sus énkliis y prókliis, sus crasias y sus reflexiones sustantivas y adjetivas, se parecen poco a las del romance de los que se encararon, a razón de uno por diez, con los persas en Maratón.

ógdoon). En resumen. La maniciería de las lenguas, especialmente de las dos en que más hermosuras han peinado los hombres, son desde la omega hasta el alfa, un constante ¡viva la libertad! de sus obreros; y tirando la gorra al aire. ¡Cosa bárbara! De toda esta antiarquía, resulta una geometría, que no deja sin aliento como el vodka Smirnof a Descartes, porque limpiamente la ignora.

Angel SAMBLANCAT

primera revolución, la burguesía se había forzosamente vuelto a hacer revolucionaria.

Pero ¡qué diferencia entre este revolucionarismo recalentado y el revolucionarismo ardiente y poderoso que la inspirara a fines del siglo anterior!

Entonces la burguesía había obrado de buena fe, había creído seria y sencillamente en los derechos del hombre, había sido impulsada, inspirada por el genio de la demolición y de la reconstrucción, encontrábase en plena posesión de su inteligencia y en el pleno desarrollo de su fuerza; aun no sospechaba que un abismo separábala del pueblo; se creía, se sentía, era realmente la representante del pueblo.

La reacción thermidorensis y la conspiración de Babœuf, priváronla para siempre de esta ilusión. El abismo que separa al pueblo trabajador de la burguesía explotadora, dominadora y feliz, se abrió; y nada menos que el cuerpo de la burguesía entera, toda la existencia privilegiada de los burgueses, se necesitan para colmarle.

Así, pues, no fué la burguesía entera, sino sólo una parte de la burguesía, la que tornó a conspirar después de la Restauración, contra los regímenes clerical y nobiliario y contra los reyes legítimos.

En mi próxima carta os expondré, si me lo permitís, mis ideas acerca de esta última fase del liberalismo constitucional y del carbonarismo burgués.

CARTA SEGUNDA

Dije en mi anterior que las tentativas reaccionarias, legitimistas, feudales y clericales, habían hecho revivir el espíritu revolucionario de la burguesía, pero que entre ese espíritu nuevo y el que le animara antes de 1793, había una enorme diferencia. Los burgueses del siglo pasado eran gigantes, comparados con los cuales, los más atrevidos de la burguesía de este siglo, no aparecen sino como pigmeos.

Basta comparar sus programas para asegurarse de que así es.

¿Cuál fué el de la filosofía y de la gran revolución del siglo XVIII?

Ni más ni menos que la emancipación integral de la humanidad entera; la realización del derecho y de la libertad real y completa para cada cual, por la igualación política y social de todos; el triunfo de lo humano sobre los restos del mundo divino; el reino de la justicia y de la igualdad en la tierra.

En lo que hizo mal esta filosofía y esta revolución, fué en no comprender que la realización de la fraternidad humana era imposible mientras hubiera Estados, y que la abolición real de clases, la igualación política y social de los individuos,

Eliseo RECLUS — Miguel BAKUNIN
Pedro KROPOTKIN — Cristian CORNELISSEN

ANTOLOGIA LIBERTARIA



Ediciones "CENIT"

En aquella época, la burguesía había también creado una asociación internacional, universal, formidable: la **Francmasonería**.

Se engañaría quien juzgara la masonería del siglo pasado, y aun la del presente, con arreglo a lo que es hoy. Institución por excelencia burguesa, en su desarrollo, por su poder creciente primero y más adelante por su decadencia, la francmasonería ha representado hasta cierto punto el desarrollo, el poder y la decadencia intelectual y moral de la burguesía. En la actualidad, caída en el triste papel de una vieja intrigante y chocha, es nula, inútil, a veces perjudicial y siempre ridícula, mientras que antes de 1830 y antes de 1793 sobre todo, habiendo reunido en su seno, con pocas excepciones, todos los cerebros escogidos, los corazones más ardientes, las voluntades más altivas, los caracteres más audaces, había constituido una organización activa, poderosa y realmente bienhechora.

Era la encarnación enérgica y la realización de la idea humanitaria del siglo XVIII.

Todos los grandes principios de libertad, de igualdad, de fraternidad, de la razón y de la justicia humanas, elaborados primero teóricamente por la filosofía de este siglo, se habían vuelto, en el seno de la francmasonería, dogmas prácticos y como las bases de una moral y una política nuevas, el alma de una empresa gigantesca de demolición y de reconstrucción.

La francmasonería no fué en aquella época nada menos que la conspiración universal de la burguesía revolucionaria contra la tiranía feudal, monárquica y divina. Fué la Internacional de la burguesía.

Sabido es que casi todos los actores principales de la primera revolución fueron francmasones, y que cuando esta revolución estallara encontró, gracias a la francmasonería, amigos y cooperadores fieles y poderosos en todos los demás países, lo que seguramente contribuyó mucho a su triunfo.

Pero es de igual modo evidente que el triunfo de la revolución acabó con la francmasonería, porque, habiendo la revolución colmado en gran parte los anhelos de la burguesía y habiéndola hecho ocupar el puesto de la aristocracia nobiliaria, la burguesía, después de haber sido tanto tiempo una clase explotada y oprimida, se ha vuelto a su vez, naturalmente, la clase privilegiada, explotadora, opresora, conservadora y reaccionaria, la amiga y el sostén más firme del Poder. Después del golpe de Estado del primer Napoleón, la francmasonería se había tornado, en gran parte del continente europeo, una institución imperial.

La Restauración resucitóla un tanto. Viéndose amenazada con la vuelta del antiguo régimen, obligada a ceder a la Iglesia y a la nobleza coligadas el lugar que había conquistado por la

EL PATRIOTISMO

de Miguel BAKUNIN

CARTAS A LOS INTERNACIONALES DEL JURA

CARTA PRIMERA

Amigos y hermanos:

Antes de abandonar vuestras montañas, siento la necesidad de significaros una vez más, por escrito, mi gratitud profunda por la recepción fraternal que me hicierais. ¿No es cosa maravillosa que un hombre, un ruso, un ex-noble, que hasta el último instante os fuera desconocido, y que por primera vez ponía la planta en vuestro país, se encontrara, en cuanto llegó, rodeado de muchos centenares de hermanos?

Ese milagro no puede hoy realizarse sino por la **Asociación Internacional de Trabajadores**, y esto por una razón sencilla: porque sólo ella representa en la actualidad la vida histórica, el poder creador del porvenir político y social. Los que se hallan unidos por un pensamiento vivo, por una voluntad y por una gran pasión comunes, son realmente hermanos, aun cuando no se conozcan.

Hubo una época en que la burguesía, dotada del mismo poder de vida y constituyendo exclusivamente la clase histórica, ofrecía el mismo espectáculo de fraternidad y de unión, así en los actos como en el pensamiento.

Fué ésta la mejor época de dicha clase, respetable siempre, sin duda, pero en lo sucesivo impotente, estúpida y estéril; la época de su más enérgico desarrollo. Lo fué también la que precediera a la gran revolución de 1793; lo fué también, aunque en menor grado, la de antes de las revoluciones de 1830 y de 1848.

Entonces la burguesía tenía mundo que conquistar, un sitio de que apoderarse en la sociedad, y organizada para el combate, inteligente, sintiéndose armada del derecho de todo el mundo, estaba dotada de una omnipotencia irresistible; ella sola hizo contra la monarquía, la nobleza y el clero reunidos, las tres revoluciones.

LA ANARQUIA Y LA IGLESIA

de Eliseo RECLUS

— I —

La conducta que el anarquista ha de observar con respecto al hombre de Iglesia, está de antemano trazada; mientras que curas, frailes y demás detentadores de un pretendido poder divino se hallen constituídos en liga de dominación, tiene que combatirlos sin tregua, con toda la fuerza de su voluntad, con todos los recursos de su inteligencia y su energía.

Esta lucha no ha de ser un obstáculo para que se guarde el respeto personal y la buena simpatía a cada individuo cristiano, budista, fetichista, etc., etc.

Principiemos por libertarnos, trabajemos en seguida por la libertad de nuestro antagonista.

Lo que se debe temer de la Iglesia y de todas las Iglesias, nos lo dice clarísimamente la historia, y no hay excusa acerca de este punto; todo error o mala interpretación, es inaceptable; mas aún, es imposible. Somos aborrecidos, execrados, malditos, vémonos condenados a los tormentos del infierno, lo que para nosotros no tiene sentido, y, lo que es indudablemente peor, somos señalados a la vindicta de las leyes temporales, a la venganza particular de los carceleros y de los verdugos y aun a la originalidad de los atormentadores que el Santo Oficio, viviente todavía, mantiene en los calabozos. El lenguaje oficial de los papas, formulado en sus recientes bulas, dirige expresamente la campaña contra los «insensatos y diabólicos innovadores, los orgullosos discípulos de una pretendida ciencia, las personas delirantes que piden la libertad de conciencia, los que desprecian todas las cosas sagradas, los aborrecibles corruptores de la juventud, los obreros del crimen y de la iniquidad». Anatemas y maldiciones dirigidos de preferencia a los hombres revolucionarios que se denominan libertarios o anarquistas.

*

Muy bien; lógico es que los que se llaman y se tienen por consagrados al absoluto dominio del género humano, creyéndose poseedores de las llaves del cielo y del infierno, concentren

toda la fuerza de su aborrecimiento contra los réprobos, que niegan sus derechos al poder y condenan las manifestaciones todas del poder ese. «¡Exterminio! ¡Exterminio!» Tal es, como en los tiempos de Santo Domingo y de Inocencio III, la divisa de la Iglesia.

Oponemos, a la intransigencia de los católicos, idéntica intransigencia, más como hombres, y como hombres inspirados en la ciencia, no como taumaturgos y verdugos.

Rechazamos terminantemente la doctrina católica, de igual modo que la de todas las religiones afines; luchamos contra sus instituciones y sus obras; nos proponemos desvanecer los efectos de todos sus actos.

Pero sin odio de sus personas, porque sabemos que todos los hombres se determinan por el medio en que sus madres y la sociedad los colocaran; no ignoramos que otra educación y otras circunstancias menos favorables habrían podido embrutecernos también, y lo que principalmente nos proponemos, es desarrollar para ellos, si es tiempo todavía, y para las futuras generaciones, otras condiciones nuevas que curen por fin a los hombres de la locura de la cruz y demás alucinaciones religiosas.

Muy lejos de nosotros está la idea de vengarnos, cuando haya llegado el día en que seamos los más fuertes: no habría cadalsos ni hogueras bastantes para vengar el infinito número de víctimas que las Iglesias, la cristiana especialmente, sacrificaran en nombre de sus dioses respectivos, en el transcurso de la serie de siglos de su ominosa dominación.

Por otra parte, la venganza no se cuenta entre nuestros principios, porque el odio llama al odio, y nosotros sentímonos animados del más vivo deseo de entrar en una nueva era de paz social. El decidido propósito que nos impulsa, no consiste en hacer uso de «las tripas del último sacerdote para ahorcar al último rey», sino en buscar la manera de impedir que nazcan reyes y curas en la purificada atmósfera de nuestra ciudad nueva.

*

Nuestra obra revolucionaria contra la Iglesia, empieza lógicamente por ser destructora antes de poder ser constructiva, sin embargo de ser independientes entre sí las dos fases de la acción, aunque bajo diversos aspectos, según los distintos medios.

Sabemos, por otra parte, que la fuerza es inaplicable para destruir las creencias sinceras, las candidas e ingenuas ilusiones, y por lo mismo no intentamos penetrar en las conciencias para arrancar de ellas las perturbaciones y los sueños fantásticos; mas podemos trabajar con todas nuestras energías a fin de separar del funcionamiento social todo lo que no esté de acuerdo con las verdades científicas reconocidas; podemos

cismo, hambrientos que pidan céntimo de la caridad, mujeres que se prostituyan por un pedazo de pan, ni hombres válidos que se dediquen a ser soldados o polizontes, desprovistos de medio mejor de atender a su subsistencia.

Reconciliados todos, porque los intereses de dinero, de posición, de casta, no harán enemigos natos, los hombres podrán estudiar juntos, o tomar parte, si sus aptitudes personales se lo permiten, en la redacción del gran libro de los conocimientos humanos; para acabar, gozarán de una vida libre, más amplia cada vez, poderosamente consciente y fraternal, librándose de este modo de las alucinaciones, de la religiosidad y de la Iglesia, y, por encima de todo, podrán trabajar directamente para el porvenir, ocupándose de los hijos, gozando con ellos de la naturaleza y guiándolos en el estudio de las ciencias, de las artes y de la vida.

Los católicos pueden haberse apoderado oficialmente de la sociedad; más no son, no serán sus amos, pues sólo saben ahogar, comprimir y empujar: todo lo que es vida se les escapa. En la mayor parte la fe ha muerto: no les queda ya sino la gesticulación piadosa, las genuflexiones, los *oremus*, el repaso del rosario y el coronamiento del libro de oraciones. Los buenos curas se ven obligados a echarse fuera de la Iglesia para encontrar un asilo entre los profanos, es decir, entre los confesores de la fe nueva, entre nosotros, anarquistas y revolucionarios, que vamos hacia un ideal y que trabajamos gozosamente en su realización.

Fuera, pues, de la Iglesia, en absoluto fracasada para todas las esperanzas grandes, cúmplase todo lo grande y generoso. Y fuera de ella y aun a pesar suyo, los pobres, a quienes los curas prometían irónicamente las riquezas celestiales, conquistarán por fin el bienestar en la vida actual. A pesar de la Iglesia se fundará la verdadera Comuna, la sociedad de los hombres libres, hacia la cual nos encaminaron tantas revoluciones anteriores contra los reyes y contra los curas.

Eliseo RECLUS

Trasladémonos con la imaginación a los futuros tiempos de la irreligión consciente y razonada.

¿En qué consistirá, dadas esas nuevas condiciones, la obra por excelencia de los hombres de buena voluntad?

En sustituir las alucinaciones por observaciones precisas; en reemplazar las ilusiones celestes prometidas a los hambrientos por las realidades de una vida de justicia social, de bienestar, de trabajo libre; en el goce por los fieles de la religión humanitaria, de una felicidad más substancial y más moral que aquel con que los cristianos contentáanse hoy.

Lo que éstos quieren es no tener la penosa tarea de pensar por sí mismos y haber de buscar en su propia conciencia el móvil de sus acciones; no teniendo ya un fetiche visible como el de nuestros abuelos salvajes, empéñanse en poseer un fetiche secreto que cure las heridas de su amor propio, que les consuele en sus penas, que les dulcifique la amargura de las horas de malestar y les asegure una vida inmortal exenta de cuidados.

Pero todo eso de un modo personal; a su religiosidad no le preocupan los desgraciados que continúan peligrosamente la dura lucha de la vida; son como aquellos espectadores de la tempestad de quienes habla Lucrecio, que gozan viendo desde la playa la desesperación de los naufragos combatiendo con las olas embravecidas; recuerdan de su Evangelio la vil parábola de Cristo que representa a Lázaro, el pobre «reposando en el seno de Abrahám, y negándose a humedecer la punta de su dedo en agua para refrescar la lengua del mal rico» (1).

*

Nuestro ideal de felicidad no es el egoísmo cristiano del hombre que huye viendo morir a su semejante y niega una gota de agua a su enemigo; nosotros, los anarquistas, que trabajamos por nuestra entera emancipación, contribuimos por esto mismo a la libertad de todos, aun a la de aquel mal rico, a quien libramos de sus riquezas para asegurarle el beneficio de la solidaridad de cada uno de nuestros esfuerzos.

No se concibe nuestra victoria personal sin obtener por medio de ella al propio tiempo una victoria colectiva; nuestra ansia de dicha no puede satisfacerse sino con la dicha de todos, porque la sociedad anarquista, muy lejos de ser una corporación de privilegiados, es una comunidad de iguales, y será para todos una dicha inmensa, de la cual no podemos actualmente formarnos una idea, el vivir en un mundo en que no se vean niños maltratados por sus padres ni obligados a recitar el cate-

(1) Lucas, XVI.

combatir sin descanso el error de todos los que se figuran haber encontrado fuera de la humanidad y del universo un punto de apoyo divino, que permite a ciertas especies de parásitos erigirse en intermediarios místicos entre el creador ficticio y sus pretendidas criaturas.

*

Ya que el temor y el espanto fueron siempre los móviles que a los hombres subyugaron, como reyes, sacerdotes, magos y pedagogos lo han venido a reconocer y a repetir en distintas formas, luchemos sin reposo contra ese vano terror de los dioses y de sus intérpretes, por medio del estudio y de la serena y clara exposición de las cosas.

Combatamos todos los embustes que los beneficiarios de la antigua necedad teológica han propagado en la enseñanza, en los libros y en las artes, y no descuidemos la oposición al infame pago de los impuestos directos e indirectos que el clero extrae de nosotros.

No permitamos que se construyan templos pequeños ni grandes, cruces, estatuas votivas y demás fealdades, que deshonran y envilecen poblaciones y campiñas; agotemos el manantial de esos millones que de todas partes afluyen al gran mendigo de Roma y hacia los infinitos submendigos de sus congregaciones, y por último, valiéndonos de la propaganda diaria, arrebatemos al cura los niños que se les da a bautizar, los adolescentes varones y hembras que confirman en la fe por la ingestión de una hostia, los adultos que se someten a la ceremonia matrimonial, los infelices a quienes inician en el vicio por la confesión, los agonizantes a quienes llenan de terror en los últimos momentos de la existencia.

Descristianicémonos y descristianicemos al pueblo.

Pero, se nos objetará, las escuelas, aun las que se denominan laicas, nos referimos a las de la nación francesa, cristianizan la infancia, es decir, toda la futura generación.

¿Y cómo cerraremos esas escuelas, si nos encontramos ante padres de familia que reivindican la «libertad» de la educación por ellos elegida?

¡He aquí que a nosotros, que siempre estamos hablando de libertad, que no comprendemos al individuo digno del nombre de libre sino en la plenitud de su altiva independencia, se nos opone también la «libertad»!

Si la palabra respondiese a una idea justa, deberíamos inclinar la cabeza con respeto para ser consecuentes y fieles a nuestros principios; pero esa libertad del padre de familia es

el rapto, la simple apropiación del hijo, que es dueño de sí mismo, y que se entrega a la Iglesia o al Estado para que a su antojo lo deformen.

Se asemeja esa libertad a la del burgués industrial que dispone, gracias al jornal, de centenares de «brazos» y los emplea del modo que le conviene, en trabajos pesados o embrutecedores; es una libertad como la del general que hace que maniobren a su capricho las «unidades tácticas» de «bayonetas» o de «sables».

El padre, heredero convencido del **pater familias** romano, dispone por igual de hijos e hijas para matarlos moralmente, o, lo que es aún peor, para envilecerlos.

De estos dos individuos, padre e hijo, virtualmente iguales para nosotros, el más débil tiene derecho preferente a nuestro apoyo y defensa, a nuestra decidida solidaridad contra todos los que le hagan daño, aun cuando entre ellos se cuenten el padre y hasta la madre que le diera a luz.

*

Si, cual ocurre en Francia, por una ley especial, por la opinión impuesta, el Estado niega al padre de familia el derecho de condenar a su hijo a perpetua ignorancia, los que de corazón estamos de parte de la generación nueva, sin leyes, por la liga de nuestras voluntades, haremos cuanto dependa de nosotros para protegerla contra la mala educación.

Que el niño sea reprendido, pegado y martirizado de mil modos por sus padres; que sea tratado con mimo y envenenado con golosinas y mentiras; que sea catequizado por hermanos de la doctrina cristiana, o que aprenda, con los jesuitas, una historia pérfida y una moral falsa, compuestos de bajeza y crueldad, el crimen es siempre el mismo.

Y nos proponemos combatirle con la misma energía y constancia, solidarios siempre del ser sistemáticamente perjudicado.

No hay duda que mientras subsista la familia bajo su forma monárquica, modelo de los Estados que nos gobiernan, el ejercicio de nuestra firme voluntad de intervención hacia el niño contra los padres y los curas, será de cumplimiento difícil.

Mas por esa misma razón deben dirigirse en tal sentido nuestros esfuerzos, porque no existe el término medio: se ha de ser defensor de la justicia o cómplice de la iniquidad.

*

En este punto plantéase también, como en todos los restantes aspectos de la cuestión social, el gran problema discutido entre Tolstoy y otros anarquistas respecto a la resistencia o no resistencia al mal.

Opinamos, por nuestra parte, que el ofendido que no resiste,

un solo golpe, se apodere de ellas el Estado. Mas ese remedio cambiaría la enfermedad sin curarla.

Esas propiedades, producto del dolo y del robo, tornarán a la comunidad de donde fueran extraídas; son una parte del gran haber terrestre perteneciente al conjunto de la humanidad.

*

En su excesiva ambición, las gentes de Iglesia han cometido la torpeza, por otra parte inevitable, de no evolucionar con el siglo, y llevando además al hombro su fardo de antiguallas, se han retrasado en el camino. Chapurrean el latín, lo que les ha hecho olvidar su idioma; delectan la teología de Santo Tomás; pero esa trasnochada fraseología no les sirve gran cosa para discutir con los discípulos de Berthelot.

Es indudable que algunos de ellos, principalmente los clérigos americanos, en la lucha contra una joven sociedad democrática, sustraída al prestigio de Roma, han tratado de rejuvenecer sus argumentos, renovando un poco su antiguo esplendor; mas esa nueva táctica de controversia ha sido reprobada por la autoridad suprema, y el misonéismo, el odio a todo lo nuevo, no se ha llevado el triunfo; el clero queda rezagado, con toda la horrible banda de magistrados, inquisidores y verdugos, poniéndose detrás de los reyes, los príncipes y los ricos, no sabiendo respecto de los humildes sino pedir la caridad en vez de un amplio y un hermoso sitio al buen sol que en la actualidad nos ilumina.

Ha habido hijos perdidos del catolicismo que han rogado al Papa que se declare socialista y se coloque atrevidamente al frente de los niveladores y de los hambrientos; pero en vano; los millones de su «dinero de San Pedro» y su Vaticano es lo que les seduce.

*

¡Hermoso día fué para nosotros, pensadores libres y revolucionarios, aquel en que el Papa se encerró decididamente en el dogma de infalibilidad!

¡He aquí al hombre cogido en una trampa de acero! Ahí está, sujeto a los viejos dogmas, sin poder decidirse, renovarse ni vivir, obligado a atenerse al **Syllabus**, a maldecir la moderna sociedad con todos sus descubrimientos y progresos.

Ya no es otra cosa que un prisionero voluntario, encadenado a la orilla que dejamos atrás, y que nos persigue con sus vagas imprecaciones, mientras nosotros surcamos libremente las ondas, despreciando a uno de sus lacayos que, por mandato de su señor, proclama «la quiebra de la ciencia».

¡Qué alegría para nosotros! Que la Iglesia no quiera aprender ni saber, que permanezca para siempre ignorante, absurda y atada a ese lecho miserable en que yace, que ya San Pablo denominaba su locura: ¡en eso está nuestro triunfo definitivo!

Ayer todavía, bajo la alta protección de lo que se llama «la República» eran los dueños incontestables y absolutos. Todos los elementos de la reacción encontrábanse unidos bajo el mismo estandarte simbólico, el «signo de la cruz»; pero hubiera sido cándido dejarse engañar por la divisa de esa bandera; no se trataba de fe religiosa, sino de dominación; la inmensa mayoría de los que quieren conservar el monopolio de los poderes y de las riquezas; para ellos el objeto único consistía, en impedir a toda costa la realización del ideal moderno, a saber: **pan, trabajo y descanso para todos.**

Nuestros enemigos, aunque odiándose y despreciándose recíprocamente, necesitaban, no obstante, agruparse en un solo partido. Encontrándose aislados, las causas respectivas de las castas directoras resultaban excesivamente pobres, de argumentos demasiado ilógicos para intentar defenderse con éxito por sí solas, y por lo mismo les era indispensable coligarse en nombre de una causa superior, y recurrieron a su Dios, al que llaman «principio de todas las cosas» y «gran ordenador del universo».

Y por esa razón, teniendo por demasiado expuesto los cuerpos de tropas en una batalla, abandonan las fortificaciones exteriores recién construídas, y se reúnen en el centro de la posición, en la ciudadela antigua, acomodada por los ingenieros a la guerra moderna.

*

Pero extremadamente ambiciosos, los curas y los frailes, han incurrido en una imprudencia notoria; los jefes de la conspiración, dueños de la consigna divina, han exigido una parte demasiado ventajosa del botín.

La Iglesia, siempre insaciable en la rapiña, exigió un derecho de entrada a todos sus nuevos aliados, republicanos y otros, consistente en subvenciones para todas sus misiones extranjeras, en la guerra de China y en el saqueo de los palacios imperiales.

De esta manera se han acrecentado prodigiosamente las riquezas del clero; sólo en Francia han aumentado mucho más del doble en los veinte últimos años del pasado siglo; cuéntase por miles de millones el valor de las tierras y de las casas que pertenecen declaradamente a los curas y los frailes; y esto, haciendo caso omiso de los miles de millones que poseen bajo los nombres de señores aristócratas y viejas rentistas.

Los jacobinos ven con buenos ojos que esas propiedades se acumulen en las mismas manos, confiando en que un día, de

entrega de antemano los humildes y los pobres a los opresores y los ricos.

Resistamos sin odio, sin rencor ni ánimo vengativo, con la dulce serenidad del filósofo que reproduce exactamente la profundidad de su pensamiento y su decidida voluntad en cada uno de sus actos.

Téngase bien en cuenta que la escuela de hoy, tanto si la dirige el sacerdote religioso como si la regenta el sacerdote laico, va franca y declaradamente contra los hombres libres, cual si fuese una espada, o mejor, como millones de espadas, pues se trata de preparar contra todos los innovadores todos los hijos de la nueva generación.

Comprendemos la escuela, lo mismo que la sociedad, «sin Dios ni amor».

Y, por consiguiente, perécennos funestos todos esos antros donde se enseña la obediencia a un Dios y sobre todo a sus pretendidos representantes los amos de todo género, curas, reyes, funcionarios, símbolos y leyes.

Reprobamos así las escuelas en que se enseñan los supuestos deberes cívicos, es decir, el cumplimiento de las órdenes de los erigidos en mandarines y el aborrecimiento a los habitantes del otro lado de las fronteras, como aquellas otras en que a los niños se repite que han de ser como «báculos en manos de los sacerdotes».

Sabemos que las dos clases de escuelas son funestas y malas en igual medida.

Y cuando fuerza tengamos para ello, cerraremos unas y otras.

«Vana amenaza!—dirán algunos con ironía.—No sois los más fuertes, y todavía dominamos los reyes, los militares, los magistrados y los verdugos.»

Así parece.

Mas todo ese aparato de reprensión no nos da miedo, porque también la verdad es una fuerza poderosa que descubre los horrores que se ocultan en las tinieblas de la maldad; lo demuestra la historia, que se desarrolla en nuestro favor, pues si bien es cierto que «la ciencia ha quebrado», para nuestros contrincantes, no por eso ha dejado de ser un solo momento nuestra guía y nuestro apoyo.

La diferencia esencial que hay entre los mantenedores de la Iglesia y sus adversarios, entre los envilecidos y los hombres libres, consiste en que los primeros, privados de iniciativa propia, no existen sino por la masa, carecen de todo valor individual, se debilitan poco a poco y perecen, mientras que la renovación de la vida se hace en nosotros por la acción espontánea de las fuerzas anárquicas.

Nuestra naciente sociedad de hombres libres, que penosamente trata de desprenderse de la crisálida de la burguesía, no

podría confiar en el triunfo, ni siquiera hubiese nacido, si hubiera de luchar con hombres de voluntad y energía propias.

Pero la masa de los devotos y devotas, ajados por la sumisión y la obediencia, queda condenada a la indecisión, al desorden volitivo, a una especie de ataxia intelectual.

Cualquiera que sea, desde el punto de vista de su oficio, de su arte o de su profesión, el valor del católico creyente y practicante; cualquiera que sean también sus cualidades de hombre, no es, respecto del pensamiento, sino una materia amorfa y falta de consistencia, ya que ha abdicado completamente su juicio, y por la fe ciega se ha colocado de **mottu proprio** fuera de la humanidad que razona.

— III —

Se ha de reconocer forzosamente que el ejército de los católicos tiene en su favor el poder de la rutina, el funcionamiento de todas las supervivencias y sigue obrando en virtud de la fuerza de inercia. Millones de seres doblan espontáneamente las rodillas ante el sacerdote cubierto de oro y seda; empujada por una serie de movimientos reflejos, se amontona la muchedumbre en las naves del templo los días de la fiesta patronal; celebra Navidad y Pascuas, porque las anteriores generaciones celebraron periódicamente esa fiesta; los ídolos llamados la virgen y el niño quedan grabados en las imaginaciones; el escéptico venera sin saber por qué el pedazo de cobre, de marfil o de otra materia tallado en forma de crucifijo; inclínase al hablar de la «moral evangélica», y cuando muestra las estrellas a su hijo, no se olvida de glorificar al divino artifice.

Sí, todas esas criaturas esclavas de la costumbre, portavoces de la rutina, son un ejército temible por su número: esa es la materia humana que constituye las mayorías, y cuyos gritos, sin pensamiento, resuenan y llenan el espacio cual si representasen una opinión.

Pero, ¡qué importa! Al fin, esa misma masa acaba por no obedecer a los impulsos atávicos; se la observa volverse indiferente a la palabrería religiosa que ya no comprende; no ve en el cura un representante de Dios para perdonar los pecados, ni un agente del demonio para embrujar hombres y animales, sino un vividor que desempeña una farsa para vivir sin trabajar; lo mismo el lugareño que el obrero, no temen ya a su párroco, y ambos tienen alguna idea de la ciencia, sin conocerla todavía, y esperando, fórjanse una especie de paganismo, entregándose vagamente a las leyes de la naturaleza.

*

No cabe dudar que una revolución silenciosa que descristianiza lentamente las masas populares, es un acontecimiento capital; mas no ha de olvidarse que los enemigos más temibles, puesto que no tienen sinceridad, no son los infelices rutinarios del pueblo, ni tampoco los creyentes, pobres suicidas del entendimiento que se ven prosternados en los templos cubiertos por el tupido velo de la fe religiosa que les oculta al mundo real.

Los hipócritas ambiciosos que les sirven de guía y los indiferentes que sin ser católicos se han unido oficialmente a la Iglesia, los que hacen dinero de la fe; esos son mucho más peligrosos que los cristianos.

Por un fenómeno, al parecer contradictorio, el ejército clerical se hace cada vez más numeroso conforme la creencia se desvanece, debido a que las fuerzas enemigas se agrupan por ambas partes; la Iglesia reúne tras sí todos sus cómplices naturales, de los cuales ha hecho esclavos adiestrados para el mando, reyes, militares, funcionarios de toda especie, volterianos arrepentidos y hasta padres de familia que quieren criar hijos modositos, graciosos, cultos, elegantes, si bien guardándose con extrema prudencia de cuanto pudiera parecer un pensamiento.

«¿Qué dice usted?—no dejará de exclamar alguno de esos políticos a quienes apasiona la lucha actual con las congregaciones y el «bloc» republicano, especie de fusión del Parlamento francés.—¿No sabe usted que el Estado y la Iglesia han roto por completo sus relaciones, que los crucifijos y los corazones de Jesús y María se quitarán de las escuelas para ser sustituidos por bellos retratos del presidente de la República? ¿No sabe usted que los niños serán en adelante preservados escrupulosamente de las antiguas supersticiones, y que los maestros laicos les darán una educación basada en la ciencia, libre de toda mentira, y se mostrarán siempre respetuosos de la humana libertad?»

¡Ah! Demasiado sabemos que en las alturas surgen diferencias entre los detentadores del poder; sabemos que no están de acuerdo acerca del reparto de las prebendas y el casual; sabemos que la antigua querrela de las **investiduras** se continúa de siglo en siglo entre el Papa y los Estados laicos.

Pero todo eso no impide que las dos categorías de dominadores, los religiosos y los políticos, se hallen en el fondo de acuerdo, aun en sus recíprocas excomuniones, y que comprendan de igual modo su misión divina con respecto al pueblo gobernado; unos y otros quieren someter por los mismos medios, dando a la infancia idéntica enseñanza, la de la obediencia.

LA CONVENCIONES COLECTIVAS

contra

LA REVOLUCION SOCIAL



PARA denunciar el peligro que representan las Convenciones Colectivas, no es precisamente en los detalles de su aspecto jurídico en los que hay que detenerse. Examinando mejor las causas y los perjuicios del legalismo que sus detalles, nos daremos cuenta, sobre todo, de lo que una legalidad, sabiamente concebida en sus grandes líneas, puede ser nefasta para los intereses de los trabajadores y peligrosa para la causa revolucionaria.

En principio, la palabra «convención» evoca la idea de contrato, pero como veremos más adelante, la convención, en la vida corriente, y sobre todo en materia de legislación del trabajo, es antes una coacción que un contrato. La idea de contrato supone que dos partes se ponen de acuerdo sobre unas cuestiones determinadas; que su acuerdo se concluye libremente, lo que implica que esas partes deben ser de fuerza igual. Si una de las partes contratantes, en las circunstancias que presiden a la elaboración de un contrato, se encuentra en condiciones, por su posición privilegiada, en razón de su potencia, de imponerse a la otra (o a las otras), ya no existe contrato; hay coacción, el más débil viéndose obligado de ceder ante el más fuerte. No hay igualdad efectiva entre las partes, pues la igualdad de derecho inscrita en la convención establecida, es sólo una consagración de la desigualdad de hecho que las distingue una de la otra. Entonces ocurre lo siguiente: si en circunstancias dadas y no previstas por el contrato, la parte más débil se convierte accidental y pasajeramente en más fuerte, ella debe, si quiere sacar provecho de esta fuerza que de repente se descubre, violar el contrato. Poniendo en juego la relación de las fuerzas (y la cosa es frecuente) pasa por encima de las convenciones establecidas, las que entonces son rechazadas, ignoradas o simplemente puestas de nuevo en discusión y modificadas de forma que el derecho escrito esté poco más o menos conforme a un estado de hecho que la parte nuevamente desbordada no ha podido evitar.

Pero así, si la convención no evita el conflicto entre las partes y sólo sirve para estampar sobre el papel los límites del campo de acción que su potencia respectiva no les permite sobrepasar, ¿para qué sirve la convención? Para nada; no es más que una hipocresía añadida a tantas otras, pues un acuerdo que no hace más que reconocer una realidad que

cada uno no ha podido evitar, no añade nada a la misma. Sólo puede mantener el error en los espíritus de los que se hacen todavía ilusiones sobre las posibilidades de una vida armoniosa en el cuadro social actual.

En sus comienzos la Convención Colectiva del Trabajo partió en general de un buen sentimiento. En el espíritu de los trabajadores, ella tiende a que les sean reconocidos nuevos derechos sin que por ellos sufra su libertad de movimiento. Ella les lleva, sin embargo, a suscribir una forma de contrato que no es más que una coacción disfrazada, ilustrando falazmente la subordinación legal del más débil (ver los ejemplos de los países llamados «evolucionados»). En el momento mismo en que ella se discute, el patrón se encuentra, en relación con el asalariado, en una situación privilegiada. La presión económica es menos violenta sobre él que sobre el trabajador, que no puede pasarse de un salario para vivir. El primero, hasta cuando sufre algunos perjuicios, puede **ver venir**. El segundo no puede esperar. Y si se produce que una huelga amenaza los intereses fundamentales del patrón, antes que perderlo todo, se desprende de lastre: sabe bien que tiene ante sí mucho tiempo para recuperar: sea trampeando en el curso del cumplimiento de la convención; sea aprovechándose de un período de relajamiento de la vigilancia obrera; sea haciendo pagar a su clientela lo que se ha visto obligado de conceder a sus asalariados. De ello podemos deducir que la Convención Colectiva, lejos de ser el fruto de un deseo de buen acuerdo común entre los que lo suscriben, no es más que un conjunto de fórmulas jurídico-profesionales, que, inscritas negro sobre blanco, no hacen más que registrar un «modus vivendi», que las partes, incluso si la convención no hubiese sido firmada, se hubieran resignado a poner en práctica, faltadas de fuerza suficiente o de suficiente energía para hacer, cada una por su cuenta, más de lo que la dicha convención contiene.

Este «modus vivendi» escrito, se distingue del contrato oral en virtud del cual la ley es aplicada en los conflictos del trabajo o en función de los usos, de forma que el uso, de origen menos inhumano, tiene preferencia sobre el contrato. Con la Convención Colectiva, que es un verdadero decreto regulando las relaciones entre patronos y salariables en un campo de aplicación determinado profesional y territorialmente, ¿acaso no es la ley que se impone **antes** del uso? Y si la ley se antepone al uso, ella,

que es opresiva hasta cuando tiende a inspirarse en él, ¿cómo no creara para las partes (y para la parte más débil en particular) obligaciones que el uso hubiera ignorado sin que nadie hubiese sufrido por ello?

Por otra parte, es gracias a la Convención Colectiva, esta consagración escrita de un derecho obrero mal establecido, como el papel de la Inspección del Trabajo, expresión del Estado-árbitro (pero árbitro parcial) en materia social se ha convertido en tan considerable. Es gracias a la Convención Colectiva, que necesita cada día conocimientos jurídicos más extensos, como los representantes obreros han podido darse tanta importancia y substituir su papel de animadores de la acción obrera para convertirse en juristas pretenciosos e indispensables. Se puede ver a estos neófitos convencidos de que la clase obrera sólo les esperaba a ellos; se puede ver a estos hombres de acción de ayer, la estilográfica en una mano, el bloc en la otra y el Código del Trabajo bajo el brazo, discutir en un tono docto la aplicación de la ley: sea con el patrono, sea con el obrero, sea con el representante del Estado, olvidando la misión emancipadora que el sindicalismo les había confiado. Se les vé en el interior de los sindicatos, donde constituyen esa aristocracia sindical cuyo peligro nunca se denunciará suficientemente; se les encuentra en las empresas, donde los trabajadores no saben nunca si tienen en ellos defensores, árbitros o adversarios. ¿Cómo extrañarse de que tantos asalariados, llevados de justificada desconfianza frente a un sindicalismo tan **funcionarizado**, se alejen de las organizaciones sindicales revolucionarias e incluso se muestren hostiles hacia las corrientes más extranjeras y menos partidarias de esta metamorfosis?

Por lo demás, efectos de una misma causa, ocurre a veces que la Convención Colectiva inculca al trabajador la idea de que la ley le protege, puesto que ella parece destinada a crear obligaciones incluso para el patrono. Tiende entonces a desarrollar un clima de falsa seguridad basado sobre el error, pues en realidad ella encierra al trabajador en una red de reglamentaciones, fijándole los límites que no puede sobrepasar si quiere continuar fiel a lo que es considerado como su firma. Si para salirse con la suya debe también trampear en el curso de la ejecución de la Convención, ésta no tiene pues ninguna virtud moral. Y si no hace trampas, deberá contentarse con las migajas que le serán lanzadas con parcimonia; se habituara a la inacción; disciplinara prudentemente su apetito, mientras que en otro ambiente, movimientos mayores le despertarían el deseo de mayores exigencias y sin ninguna duda le harían más accesible al pensamiento revolucionario, al ideal de justicia y de libertad, rescoldo de generosas revueltas, que se sobrepondrían a este espíritu gana-pan y mezquinamente materialista, en el que su combatividad se desmorona.

Para algunos amigos que proclaman sus intenciones favorables a la transformación social por pequeños pedazos y nos consideran adeptos retardados del «todo o nada», la Convención Colectiva, por las «ventajas adquiridas» que ella contiene, es un instrumento que permite atacar al capital acumulado sin arriesgar la Gran Aventura a que nos ex-

pondría una lucha revolucionaria sin merced. Para ellos, en espera de algo mejor (dicen ellos), la Convención Colectiva es ya más que nada. Pero cabe que nos preguntemos: llegada a la perfección jurídica que hoy se le conoce en numerosos países, ¿qué es lo que da? Se convierte, eso sí, en una fuente de complicaciones en las relaciones entre los patronos y los salarizados, al mismo tiempo que es un preludio a restricciones peligrosas para la libertad de movimiento de estos últimos.

En efecto, como las convenciones establecidas no satisfacen a nadie y no evitan la multiplicación de los conflictos sociales, se les toma como base jurídica para la solución de estos conflictos y ello nos lleva abiertamente al **arbitraje obligatorio** que hace del Estado el árbitro supremo de las cuestiones sociales, título que no se le podrá disputar fácilmente, pues si él interviene, aparentemente es para hacer aplicar convenciones anteriormente deseadas por los trabajadores. Un buen jurista (como un político) demostrará incluso que es para hacer frente al patronato, para que sea respetado el **derecho obrero**, por lo que el Estado interviene, pero el hecho saliente de esta revolución al revés es no obstante el siguiente: los trabajadores, queriendo, por medio de sutilezas jurídicas, disminuir el provecho patronal, queriendo, por medio de astucias, abrir brecha en la autoridad patronal, queriendo mejorar su nivel de vida sin atacar de frente al capitalismo y al Estado, introduciéndose en las últimas plazas fuertes de estas dos instituciones, han hecho de ellas su madriguera y están fatalmente condenados (aunque raramente acepten reconocerlo) si no se deciden a salir de ellas con estrépito, a roer una pitanza que les será ásperamente disputada en nombre de la ley y de la tranquilidad pública. Por haber querido, por pereza social (siempre la teoría del menor esfuerzo) utilizar esta arma del Estado y del patronato que representa la ley, la ven invariablemente volverse contra ellos.

Pero, van a decirnos, si rechazáis las Convenciones Colectivas, esos textos que contienen las ventajas adquiridas por los trabajadores, ¿qué pondréis en su sitio para que esas ventajas os sean reconocidas? Nada que se inspire en una legislación de tal naturaleza, contestamos nosotros. Toda la fuerza de los trabajadores reside en su vigilancia. Cuando esta se manifiesta, adquieren nuevas ventajas, incluso sin Convenciones Colectivas. Si esta vigilancia se debilita, ellos pierden, **pese a las convenciones colectivas**, si existen, pues en este caso ellas no son aplicadas por el patrono, el cual sólo se inclina ante la fuerza.

No quiere decir que debe rechazarse toda forma de diálogo con el adversario (que es lo mismo el Estado que el patronato); nadie que sea serio negará la necesidad que tiene el trabajador (siendo la sociedad lo que es) de discutir con un adversario **que no puede ignorar**. En materia social, como en toda otra materia, mientras no se ha tenido la fuerza o el coraje de destruir al adversario, y si no se ha sido destruido por él, se está obligado a **tratar** con él. Todo reside en que la discusión mantenga las distancias; que no se convierta en un diálogo fraternal y permanente entre el que oprime y aquel que es oprimido, como así se convierte siempre con la Convención Colectiva, el más notable monumento de la cola-

boración de clases, expresión de un socialismo de Estado agravado de paternalismo, contra el cual hay que reaccionar, pues él prepara la vía al corporativismo más estrecho, del que es ya una prefiguración.

Dado el caso de que en una colectividad, cuyo estatuto se base sobre la desigualdad social, no pueden existir los intereses generales, y que la razón del más fuerte es siempre la que gana, es la relación de las fuerzas (no importa cual sea la constitución política) la que determina las diferencias de aplicación de este estatuto. La fuerza de los trabajadores será tanto mayor cuanto más libres de acción sean, no sintiéndose moralmente ligados a sus adversarios por ningún contrato. Es en un clima de libertad, como combatirán victoriosamente. Y cuando, por su acción, habrán impuesto la discusión al adversario, lo que se ha convenido en llamar acuerdo no hará más que consignar lo que la presión de los trabajadores habrá impuesto, y no habrá lugar de ver en ese «acuerdo» la fuente de combinaciones múltiples ni de ventajas futuras de él derivadas automáticamente. Este «acuerdo» sólo tendrá alcance sobre el objeto del conflicto que pretenderá resolver, y se convertirá en caduco el día en que una de las partes sea suficientemente fuerte para pasar por encima de él. No olvidemos que estamos en guerra, en plena guerra social, y que una tregua no es más que una suspensión de armas (más aparente que real), pero no el fin de las hostilidades.

No instalándose alrededor del tapiz verde; no sentándose en permanencia al lado del adversario; no pidiendo más a los poderes públicos que hagan obligatoria de una rama profesional a otra, de una unidad territorial a otra, el beneficio de las ventajas contenidas en los «acuerdos» impuestos por los trabajadores más combativos, el militante, en lugar de hacer de consejero jurídico, volverá a pensar en la **agitación** para orientar sus esfuerzos en dirección de una generalización de las ventajas adquiridas por algunos y deseadas por todos. Hay, en las mejoras obtenidas por medio de la acción, una fuente de emulación mucho más eficaz que la esperanza siempre frustrada de una mejora por medio de la legalidad. El trabajo de agitación y de formación será evidentemente de menor reposo para el militante que el que consiste en discutir sobre los juicios emitidos por los organismos de Estado o bien en disecar los decretos ministeriales y las sentencias de los tribunales.

Parece que cada día se considera de menor importancia la propaganda por el ejemplo, la mejor de todas. No obstante, la audacia que habrá permitido que una categoría de trabajadores obtenga mejoras sustanciales, es el más seguro elemento de persuasión para los trabajadores poco favorecidos que no se han decidido a actuar. Y entre estos últimos, aquellos más temerosos, que se sienten asustados y paralizados por las consecuencias eventuales de una acción directa, serán los mismos que no se atreverán a pedir en su esfera el respecto de los derechos que la ley les reconoce, por miedo de que su patrón ejerza represalias contra ellos. En contrapartida, aquel que tendrá el valor de pedir el respeto de un derecho reconocido por la ley, pero ignorado por el patrón, sin preocuparse de las reacciones de este úl-

timo, será el mismo cuya decisión no retrocederá ante las consecuencias materiales posibles de la acción directa. Para este último, el que se extienda la aplicación de la Convención Colectiva no le aportará más que lo que su energía le habrá hecho obtener, mientras que se arriesga disminuir esta energía en la asfixia del legalismo.

El análisis que precede puede parecer chocante a aquellos de nuestros amigos que se han habituado a ver en el desarrollo de la legislación obrera, en la confusión cada vez más pronunciada de las preocupaciones obreras y de los intereses patronales y del Estado, la llave de la liberación social de los trabajadores. La tendencia del movimiento obrero a integrarse a las fuerzas económicas dominadas por el patronato y el Estado siendo casi universal, nos convertiríamos en Quijotes—dicen—queriendo oponernos a una corriente tan irresistible. El sindicalismo revolucionario inspirado por el anarquismo (el nuestro) es hoy un anacronismo, sobrepasado por acontecimientos en los cuales su fidelidad a fórmulas desdichadas por los hacedores de sistemas (la libertad individual, por ejemplo) les impedirían adaptarse.

¿Qué representa este juicio sumario? Para darnos cuenta de su valor, bastará que recordemos: que es situándose en ese movimiento de integración con la esperanza de debilitar las fuerzas de opresión, como el sindicalismo obrero, perdiendo la costumbre de ir solo, se ha habituado a esta especie de confraternidad con los organismos de expresión patronal o estatal. Las fuerzas de opresión económicas y sociales, lejos de ser debilitadas y a cambio de algunas concesiones (de algunas reformas) por el contrario han visto alejarse de ellas la amenaza que podía representar un proletariado decidido a la acción revolucionaria, que ellas han sabido reblandecer, dándole la impresión que sus intereses estaban ligados a los suyos. El movimiento sindical, por medio de las convenciones colectivas, por su presencia en los múltiples organismos mixtos (consejos económicos y sociales de toda especie y en todas las escalas) consolida las instituciones opresivas, apesar de que pretenda todavía trabajar por su desaparición. La fuerza combativa que pierde, practicando así la colaboración de clases llevada al extremo, constituye otras tantas fuerzas de resistencia facilitadas por él a sus adversarios. Le es preciso, pues, para conservar (o recuperar) su libertad de movimiento y su valor combativo, desligarse totalmente de los lazos que son la obra de los políticos y de muchos de sus responsables retribuidos. Es bajo esta condición que podrá continuar siendo él mismo y que estará en situación de poder inspirar temor a sus adversarios.

En la actualidad, en el horizonte sindical, los militantes resueltamente anarquistas constituyen el solo medio que mantiene esta posición. Por eso es mayor su mérito. Saben que deben ser víctimas de los ataques de los unos y de las burlas de los otros. Esto no tiene importancia. Se les reprocha que no son realistas. Y esto es lo que los acontecimientos se cuidarán de verificar.

No es necesario ser un sabio para constatar que la economía capitalista en su forma liberal pertenece a otras edades y que si el capitalismo se sostiene todavía es porque su fuerza y su autoridad se con-

DIVULGACIONES

El arte de imprimir

En cualquier lugar de la tierra donde
exista la Libertad, allí está mi patria.

Benjamín FRANKLIN.



Los chinos fueron los primeros que trabajaron en la impresión. Inventaron el papel y con unas planchas de arcilla que grababan, encima de las cuales ponían «tinta china», lograban imágenes fieles. Otros pueblos siguieron imprimiendo también con planchas o rodillos (con «gráficos» como dirían los griegos), difundiendo así el pensamiento escrito. Pero la industria gráfica no podía en aquellos tiempos sobresalir por encima de los artesanos que oficiaban de «copistas», es decir, copiaban a mano los dictados de los autores u otros libros manuscritos. Se llamaban «escribas» a

los esclavos de los libreros en la antigua Grecia, que se dedicaban por obligación de sus amos, a copiar escritos para la venta al público. Hubo libros manuscritos, de selecta, esmerada y artística letra, adornados con dibujos a pluma, que eran verdaderas obras de arte.

—o—

El año 1440 es la fecha concreta de la invención de la imprenta moderna. Juan Gensflish (Gutenberg: Maguncia, Alemania, de 1394 a 1397. Maguncia, 1468), perfeccionó de tal forma la impresión con los «tipos» (letras de impresión), que concentró y desarrolló la invención de la verdadera imprenta, la que nosotros conocemos. Sirviéndose primero de una prensa de estrujar uva, que luego perfeccionó, ideó una prensa gráfica que hizo construir al carpintero magunciano Conrado Salspach. Con escasas reformas la prensa de Gutenberg se empleó hasta los albores del siglo pasado.

funden cada día más con las del Estado. Pero el hecho más saliente de esta orientación autoritaria de una economía basada sobre la desigualdad, es el siguiente: una limitación cada día más acentuada de la libertad individual; una invasión constante de la autoridad del Estado en la vida personal, un acuartelamiento de la sociedad que los individuos, en razón misma de la elevación constante del nivel cultural, no podrán soportar indefinidamente. En todo tiempo, los regímenes que no respondían a las aspiraciones de la gran masa de los hombres y no satisfacían más que a una minoría privilegiada, han debido, para mantenerse, emplear la coacción, reducir la libertad. Y cuanto más se han sentido amenazados por los sentimientos de justicia y la necesidad de libertad, más han reducido esta libertad que les molestaba. Y en todo tiempo se ha visto a estos regímenes derribados por fuerzas que les eran superiores porque, estimuladas por la libertad y también porque siempre llega un momento en que el ser humano, fatigado de una esclavitud, que de pronto se pregunta cómo ha podido soportar tanto tiempo, se rebela y ataca sin piedad al instrumento de su servidumbre. Los regímenes de opresión abusan fatalmente de la autoridad que se conceden (o que les es concedida) y llevan en ellos mismos el germen de su desaparición, pues quieren mandar demasiado, dirigir demasiado y llega un momento en que, aunque ordenándolo todo, ya no dirigen nada y sólo consiguen el descontento general.

Hoy vivimos en una época en que el imperio del Estado en la vida cotidiana sobrepasa los límites de lo que el entendimiento humano puede aceptar por mucho tiempo. Este estado de cosas no tardará a alcanzar su punto culminante, y ciertamente entonces grandes cambios podrán operarse en las relaciones

sociales y en el sentido de la justicia y de la libertad. Pero aún será preciso que las fuerzas más viriles, las más productoras y las más libres, no se dirijan de nuevo por los caminos que llevan a su avasallamiento. Se trata, pues, de que esas fuerzas reaccionen desde ahora contra una estructura social asfixiante que desaparecerá ciertamente, pero que debe desaparecer lo antes posible, pues, manteniéndose, ella no hace más que prolongar en el tiempo condiciones de existencia que no están ya en relación con la extensión de los conocimientos humanos. El primer gesto que deberá realizar el proletariado, para preparar una real mejora de su suerte—incluso si pretende limitar provisionalmente sus exigencias a reivindicaciones materiales e inmediatas—será, pues, privar a la estructura social de su presencia en los diversos organismos que son su expresión y en los cuales en demasiado numerosos casos, se ha extrañado. Es desde fuera desde donde atacará más eficazmente a la fuerza que le oprime, y no desde dentro, como se ha acostumbrado a hacer de algunas décadas a esta parte (particularmente por medio de las Convenciones Colectivas en los países donde ellas existen).

La posición intransigente que hoy afirmamos, será, para algunos, exagerada. Pero de ello tendremos ocasión de hablar nuevamente en los años a venir, en el momento en que no seremos solos a sostenerla. Cada uno verá entonces cómo es difícil no parecer excesivo, cuando, convencidos de una realidad ante la cual se ha reflexionado profundamente, sin que nadie haya todavía pensado en ella, nos atrevemos a proclamarla.

Henry BOUYE

Trad. : F. M.

De Maguncia fué también Pedro Schoeffer, el inventor de los punzones en relieve con los cuales hizo matrices que ajustadas en moldes de acero, sirvieron para la impresión de las letras. De la misma ciudad era Juan Fust, el primer impresor en gran escala, quien contribuyó ampliamente a que Gutenberg inventara su prensa. «La imprenta rompió la cadena de la esclavitud debida a la ignorancia, manumitiendo a millones de seres y dándoles la noción de un mundo mejor al cual ellos también tenían derecho a pesar de haber nacido esclavos».

—o—

Los artesanos «tipógrafos» se extendieron por Europa. En 1461, Alberto Pfürtu imprime en Bamberg (Alemania) el primer libro germano: «Colección de Fábulas». En Suiza, Heylla Heyle da a la estampa un «Mamotrectus» en 1470. Inglaterra recuerda a Guillermo Caxton como al tipógrafo a quien debe la primera impresión gráfica: el libro «The game of chess» (El juego de ajedrez) terminado en 1477. En París: 1470, se publica «Epistolæ Gasparinis Perganminensis», en una imprenta de Colmar (Alsacia). La primera imprenta belga es la de Colard Mansion, en Brujas, donde se publica en 1475, «Jardin de Devotion». En la ciudad de Bude (Hungria), Andrés Hess publica en la imprenta con la obra «Missel» (1485). En Holanda: 1473 ve aparecer su primer libro, titulado «Historia Escolástica del Nuevo Testamento», la conocida obra teológica. El diccionario latino «Comprehensorum», se imprime en Valencia (España) durante el año 1474. He aquí, pues, los primeros brotes tipográficos de que se tienen noticias, aparecidos en Alemania y en algunos de los países que la circundan, para demostrar que el invento del sabio magunciano tuvo rápida difusión. Los españoles llevaron la primera imprenta a América, instalándola en la ciudad de México (no he podido controlar fecha). En 1580 se instaló en Lima (Perú) la primera imprenta de Sudamérica. En 1640, desembarcó Esteban Daye, en Massachussets la primera imprenta de Norteamérica, abuela de la floreciente industria gráfica norteamericana de nuestros tiempos. Ese fué el año en que apareció impreso el primer libro en Estados Unidos.

—o—

Primeros diarios impresos en el mundo, que fueron los decanos que suplantaron a las hojas manuscritas que aparecían entonces: El decano de todos era en 1922 (¿aparecerá aún?) «La Gaceta de China» (Tsen-Tze-Kovan-Pao), que se imprimía ya antes de existir el invento de Maguncia. En Inglaterra, Nataniel Buttler fundó en 1632 el primer periódico (no he podido controlar el título). El galeno Teofrasto Renaudot publica en París (1632) «La Gazette de France». Esteban Daye al publicar en Estados Unidos (1638) «The Freeman's Oath», pone la primera piedra de la vasta industria periodística estadounidense de hoy. La pequeña Holanda inicia la empresa con su «Haarlem Courant» (1656). Antes de la segunda guerra mundial aparecía aún en Bélgica, «La Gazette de Gand», primer diario del país (1689). Lamentablemente no sé qué diario tiene la prioridad en España, y dejo esta investigación a cargo de nuestros jóvenes estudiosos. He aquí primeras fechas para América Latina: «Gazeta de Goathemala» (1729), de Guatemala; «Gazeta de Lima» (1732), de Perú; «Gazeta de Bogotá» (1733), de Colombia; «Gaceta de México» (1772), «Telégrafo Mercantil Rural» (1808), de Argentina, etc. El primer periódico anarquista del mundo, lo publicó el precursor Josiah

Warren en 1833 y se llamaba «El Pacifista Revolucionario» (The Peaceful Revolutionist, Cincinnati, Estados Unidos).

—o—

Los doministas del mundo, queriendo mantener a las grandes masas humanas (ricas o pobres) en la ignorancia básica para poder medrar a sus anchas, combatieron encarnizadamente «la libertad de prensa». Combate que aún sigue persistiendo y, a no dudar, persistirá por cierto tiempo. La Iglesia católica, sobre todo, se destacó en sus flamígeros «autos de fe», calcinando toneladas de páginas impresas, debido a la censura de su «Index eclesiástico». Esteban Dolet, fué torturado por los oscurantistas y quemado en París el año 1547, junto con trece de sus obras impresas, siendo una de las primeras víctimas de la industria gráfica, pues era impresor. El corrector de imprenta y médico aragonés Miguel Servet fué quemado también el 26 de octubre de 1553, acusado de «herejía» por el hugonote Calvino, a causa de un libro que publicó: «Christianisme Restituito», en el que defendía a los cristianos primitivos y, además, aseveraba de que circulaba la sangre en nuestro cuerpo. Por publicar un folleto clandestino, no autorizado por «la ley», dirigido contra el cardenal de Lorena, su impresor Martin Lhomme, reconocido, fué ahorcado. En 1618 se ahorcaba en París a Esteban Durand, por haber escrito el libro «La Riparographie» contra el monarca Luis XIII. Por su libro «Pensées» se quemaba aún en París a Simon Morin, en la fatídica plaza de La Grève, acusado de «hereje y ateo». Conocida es la muerte del corrector de imprenta y filósofo Giordano Bruno, asesinado en 1600 en el Campo di Fiori de Roma, por sus trabajos impresos. Sin embargo, la imprenta libre ha roto el cerco de la barbarie humana y las ideas impresas no han podido ser «degolladas».

—o—

Releyendo no ha mucho la gran obra de Stirner «El único y su propiedad», centrada en el aforismo de Fueurbach: «El hombre es para el hombre el ser supremo»; en la edición madrileña del siglo pasado (las otras tres son de la presente centuria y todas de Valencia), quedé admirado por el esmerado y cuidadoso trabajo tipográfico en la «composición a mano». Quien haya entrado en una imprenta habrá observado unas «cajas tipográficas» en las cuales los «tipógrafos» van sacando letra a letra los tipos que necesitan, colocándolos en el «componedor». Y pensar que antes así se componían los libros... Anselmo Lorenzo, que era tipógrafo, narra sus andanzas del «oficio» en su gran obra «El Proletariado Militante». Desde luego, el ir sacando las letras de dicha caja es operación más rápida que el escribir a mano, pero es trabajo lento para la industria gráfica y, por eso, los impresores se dedicaron a encontrar la solución mecánica de la composición. En tipografía la unidad es el punto, doceava división del «cicero». La «escala» tipográfica se debe al francés Simón Fournier, el que dió el nombre de «cicero» a esa medida que tanto se emplea, por haber compuesto el primer libro con esa regla, que se titulaba «Epístolas Familiares» del latino Cicerón. Los puntos tipográficos se miden con el «tipómetro» (50 cicereros equivalen aproximadamente a 22 centímetros). Los primeros tipos empleados fueron de madera y luego se usaron de metal o aleaciones metálicas. Diversas máquinas fundidoras de tipos fueron inventadas poco a poco y la tipografía alcanzó cierta perfección.

—o—

La composición «mecánica» tuvo muchos precursores. En su libro «Inventores e industriales», Samuel Smiles, nos habla de Frederik Koenig «inventor de la máquina a imprimir a vapor», alemán que nació en 1774, en Eisleben (Sajonia). Su máquina fué rechazada por los «conservadores», pero pronto se abrió paso, pues el prensar pliegos de papel con la prensa de antaño era un trabajo rudo y penoso. Dedicó un capítulo entero a los Walters que introdujeron en Inglaterra la impresión a vapor en el cotidiano «The Times». Y narra también la vida de William Clowes que imprimió los libros a vapor. Pero lo que había que inventar era la composición a máquina. Eso era lo que urgía. En 1815, el tipógrafo inglés Benjamin Forster, intentó hacer una máquina pero sus ensayos no le dieron resultado. Los franceses Young y Delcambre construyeron en 1840 el primer teclado destinado a la composición, en una ingeniosa máquina que fué premiada en la exposición universal de ese año. En 1855, el tipógrafo danés Christian Sørensen, inventó una máquina componedora que distribuía los tipos. Carlos Kastenbein inventó una máquina para componer con teclado cuádruple, en 1870, la que fué usada hasta hace poco, por el «Times» londinense. Por su parte Wescot presentó a la Exposición de 1876, una máquina que fundía tipos «en una sola línea», pero no dió el resultado apetecido. Otras máquinas fueron inventadas, lo que comprueba que el hombre busca y tantea, tratando de hallar la solución a sus problemas.

—o—

Diez años más tarde del invento de Wescot, en 1886, Otter Mergenthaler, alemán emigrado en Estados Unidos (Hachtel 1854, Nueva York 1899), inventó la notable máquina «linotipo» (del inglés «linotype»: línea de tipos), maravilla que con un teclado manejado a mano, hacía caer unas matrices-letras de un «depósito», las componía en un componedor móvil, las enviaba a un molde, donde se «fundía» toda una línea que era expulsada a un componedor fijo. La solución, pues, había sido hallada. Diarios, revistas, libros, todo lo que ahora leemos, está compuesto con máquina linotipo. Quien conoce esta máquina en el sentido de la composición, al leer un texto sabe en seguida si el «linotipista» trabaja o no adecuadamente. Pues son numerosos los componedores mecánicos que manejan el teclado de la linotipo a «vista», como son numerosos los que escriben a máquina de escribir de idéntico modo. Sin embargo, tanto la máquina de escribir como el teclado de una linotipo, se pueden aprender en unos cuatro meses de estudio metódico de «digitación» adecuada. La vista no debe trabajar para nada en los teclados citados y son los dedos los que «leen» en ellos. El teclado de la linotipo es casi el doble del de una máquina de escribir. Generalmente tiene 90 teclas. La linotipo ha sido difundida por el mundo entero y continuamente está trabajando.

—o—

Mil novecientos cincuenta, marca otro jalón en el progreso de la industria gráfica. En la Exposición de Artes Gráficas de Chicago, que tuvo lugar el mes de septiembre de ese año, un inventor norteamericano presentó la linotipo Cometa, que mediante un aparato, el «teletypesetter», trabaja sin el linotipista y produce doce líneas por minuto. Sacándole este aparato, la máquina puede ser manejada como una linotipo común. La Cometa necesita el concurso de los o las picadoras de cintas, trabajadores que «pican» una cinta para el «teletypesetter». La Cometa se usó por vez pri-

mera en el «Miami Herald» floridense, y hoy, es empleada en casi todos los periódicos progresistas del mundo. Las presentes generaciones de linotipistas a «mano» dejarán paso en el futuro a la Cometa, pues la máquina ha sido inventada para aliviar el esfuerzo mental del ser humano.

—o—

Existen otras máquinas fundidoras que ayudan considerablemente el arte de imprimir y existen las máquinas impresoras que maravillarán a toda persona que visite un gran rotativo moderno. Entre los otros grandes inventores del arte gráfico, merece que destaquemos aún a los siguientes:

Lorenzo Coster (Haarlem, Holanda, 1370-1440) eminente xilógrafo, quien dió las primeras ideas al sabio de Maguncia. Pánfilo Castaldi (Feltre, Italia, 1398-1490) iniciador de la fundición de los tipos de plomo y antimonio. Aldo Manucio (Sermoneta, Italia, 1449-1515) impresor que creó el tipo de letra «bastardilla». Joaquín Ibarra (Zaragoza, España, 1725-1775) que imprimió pulcramente esmeradas ediciones. Francisco Didot (París, Francia) que reformó el punto de Fournier e inició la era de los adornos en los libros. Carlos Stanhope (Londres, Inglaterra, 1753-1813) inventor de la prensa de hierro para imprimir. Juan B. Bodoni (Saluzzo, Italia, 1740-1813) el que nos legó el «tipo bodoniano» usual y tan legible. Federico Koenig (Eisleben, Alemania, 1774-1833) inventó la máquina a vapor de «entintaje mecánico y presión cilíndrica». Hipólito Marinoni (Beaulieu, Francia, 1823-1904) creó la máquina de cuatro cilindros y la rotativa doble. Luis Daguerre (Cornailles, Francia, 1803-1851), inventor de la fotografía «daguerretipo» o arte de fijar en chapas metálicas las imágenes recogidas en la cámara oscura. Roberto Lanston (Troy, Estados Unidos, 1834-1913), inventor de la máquina fundidora «monotipo», y Carlos Klietsch (Viena, Austria, 1840-1926) a quien debemos el sistema de impresión de grabado hondo o «fotograbado».

—o—

Destaquemos que el mejor impresor anarquista ha sido Joseph Ishill, un rumano emigrado en los Estados Unidos. La editorial que más libros anarquistas difundió en España fué la de «Sempere» en Valencia (editorial no anarquista). Lo mismo ocurrió en Francia con las ediciones «Stock» de a principio de siglo. El tipógrafo anarquista español que más ha trabajado por el ideal reclusiano ha sido Anselmo Lorenzo, a quien se debe una fiel y notable traducción de «El hombre y la tierra». La editorial anarquista más importante que ha existido ha sido la de «La Protesta» bonaerense, con utillaje propio. Los anarquistas han tenido con las artes gráficas un medio inigualado para la difusión de sus ideales. Y el librepensamiento, un formidable medio de radiación. Por eso, merece destacar, aunque sea en estas deshilvanadas notas, a los precursores e inventores de este arte noble.

«El pensamiento de los hombres sabios y de talento se conserva—escribe Bacon—, en los libros, exento de los errores del tiempo y capaz de perpetua renovación. Y además de presentar los libros este pensamiento, son útiles porque ofrecen gérmenes intelectuales y originan infinitas acciones y opiniones en sucesivas épocas. Si la invención de los buques fué muy ennoblecida por llevar riquezas de un lugar a otro y relacionar los países más distantes en la participación de sus frutos ¿cuánto más debe ser apreciado el invento de las letras de molde que, como los buques, atraviesan el ancho mar del tiempo?».

Vladimir Muñoz

EL INFORME KRUTCHEV **PARALELISMO**

II

La condenar a Stalin, el nuevo valedor del régimen bolchevique persevera en la valorización de las teorías marxistas-leninistas como norma de continuidad del sistema. Así lo hizo el primero cuando de eliminar sus adversarios se trató. Tanto unos como otros todos se reafirman en la misma obstinación especulativa.

El despotismo de Stalin no es, por mucho que se pretenda, una desviación de tal línea. El iluso suponer tal cosa. Concretamente, la recta prefijada por dichos teóricos no podía tener otro margen de extensión y desarrollo.

La finalidad de Marx, como la de Lenin, no era otra que la concreción dictatorial y característica que ha venido sufriendo de acuerdo con las teorías que le servían de base. Que no es otra que la que siguen odientando en la actualidad, habida cuenta de la crisis que la vacante del puesto directorial suscita.

Los regímenes dictatoriales sólo pueden subsistir a tenor del cada vez más abusivo uso del sistema de terror que les sirve de base y fundamento. Si de algo puede censurarse a Stalin es sólo del grado de máxima eficacia y perfección que supo imprimirle. Y del que habrá que tener en cuenta que, sus herederos, siguen haciendo el más precioso auxiliar. Los sucesos de Polonia y Hungría hablan por sí solos.

Los excesos de Stalin tienen un precedente que será preciso tener en cuenta. Los desafueros de Marx en el Consejo General de la Primera Internacional. Y los sangrientos de Lenin durante su breve reinado en Cronstadt y Ucrania.

En cuanto al aspecto teórico, y ateniéndose a Lenin, que para Krutchev es el solo punto de referencia, tratemos de ver hasta qué extremo se justifica. La pugna entre bolcheviques y mencheviques, con la inevitable escisión de 1903, no tiene por base otra causa que el despotismo de interpretaciones ideológicas. En éste, como en todos los aspectos, la fanática intransigencia leninista es proverbial.

Toda la actuación de Lenin estuvo concretizada en la formación de un partido fuertemente centralizado, teniendo como finalidad la dictadura, aderezada con el incentivo de «proletaria». Sigue con ello fiel a la senda trazada por Marx, autor del galimatías. De la misma forma que Stalin al proclamar: «en lo sucesivo lo fundamental es consolidar la maquinaria estatal», reafirma las esencias del más puro acervo marxista-leninista. Hay que tener en cuenta que el desarrollo de la dictadura no es factible que a partir de dicha tesis.

Como habrá de tenerse en cuenta que la dictadura, como medida preservativa, precisa del culto de la personalidad. De no contar con la fanatización de una parte de la población su vida sería en extrema precaria. El hecho de que este culto no se manifestara con el carácter apoteósico que alcanzó, más en vida de Stalin, fué sólo debido a una falta material de tiempo en sus legatarios. No de tendencia. Obsérvese que el fanatismo de las masas bolcheviques permanece inalterable, pese al rudo golpe infligido a su ídolo, en espera de la próxima figura que sea puesta a su adoración.

Toda la obra de Lenin está impregnada de una tenden-

cia centralista totalitaria, sin concesiones ni abstracciones. Principalmente en su libro «un paso adelante, dos pasos atrás».

Su actividad durante el período pre-revolucionario estuvo encaminada a la formación de un pequeño grupo de activistas, dirigido por un Comité Central, rector e impulsor de las actividades conspirativas. El pueblo para éa no era más que una corriente amorfa que había que orientar y dirigir. La democracia, como el federalismo, los consideró en todo momento como los más evidentes signos de debilidad, haciéndolos el blanco de sus briosos dardos.

Todo lo que no fuera una organización férrea, disciplinada y subordinada a sus estrictas órdenes, fué considerado como patente prueba de herejía. Todo debería estar sujeto a su supervisión y vigilancia. El partido no lo admitió más que como una prolongación del cuartel, de la fábrica o la prisión, aunque de más férrea obediencia.

Su interés era llegar a «la formación de una red de agentes que serían formados por ellos mismos y trabajarían a la creación de un periódico común». Absoluto hasta en eso. Incluso la publicación de más de un órgano de expresión en los medios obreros fué combatida rudamente por él. Nada deba escapar a lo monolítico y estratificado de su punto de vista.

«Ninguna organización revolucionaria ha aplicado, ni podrá aplicar jamás, pese a todo buen deseo, un largo democratismo», decía en su libro. ¿Qué hacer? «Nada es posible sin la creación de una organización de revolucionarios, sólida, centralizada, combativa». Sólo el centralismo tenía opción de infalibilidad.

Su enjuiciamiento de cualquier hecho fué siempre con un juicio de militar fracasado. El menor fallo orgánico fué imputado por él como producto de «las lagunas de nuestra organización militar». No otro era en esencia su punto de vista. La organización no podía apartarse de las definidas características de la ortodoxa obediencia cuartelaria.

Toda acción política o social debió partir de esta premisa para obtener su consenso. El pueblo sólo lo vió a través del prisma, de la masa incapacitada que sólo actuaba impulsada por la clarividencia de los «agentes» de su obediencia. Palabra que es todo un poema y que refleja netamente lo ambición que lo dominaba.

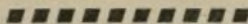
El término militante es ignorado en toda su obra. Los miembros del partido no podían ser otra cosa que agentes subordinados a sus órdenes y directrices. La organización militar y jerarquizada del mismo no podía actuar contrariamente so pena de anatematización.

Su más caro punto de vista fué el de que «las masas no aprenderán jamás a desarrollar la lucha política, en tanto no hayamos ayudado a formar los dirigentes para esta lucha». Y no sólo a los inorganizados, sino hasta a los sindicatos sólo son ponderó como fuerza de combate en manos de los dirigentes en cuestión.

Ahora bien, si como el más lerdo puede constatar, estas teorías no son otra cosa que la ratificación de la labor de Stalin, la acusación que se le hace a éste de desviacionismo no es otra cosa que demagogia. Y perseverancia en la línea histórica que resulta de los principios teóricos del marxismo-leninismo, responsables directos de los desafueros habidos y por haber de la ignominiosa dictadura.

Francisco OLAYA

EL PENSAMIENTO VIVO DE JOSE INGENIEROS



Jóvenes son los que no tienen complicidad con el pasado. La juventud es levadura moral de los pueblos. Los jóvenes tocan a rebato en toda renovación.

Entusiasta y osada ha de ser la juventud. La juventud termina cuando se apaga el entusiasmo.

La inercia frente a la vida es cobardía.

Después de pensar, querer. La voluntad se prueba en la acción. Incapacidad de querer engendra miedo de vivir.

Son hombres los que aran su propio surco. La dependencia pasiva es incompatible con la dignidad. El derecho a la vida está condicionado por el deber al trabajo.

La simpatía es bondad en acción. La comprensión es premisa de la simpatía.

Los intereses creados obstruyen la justicia. El hombre justo rehuye toda complicidad con el mal.

El desequilibrio social engendra la violencia.

La inquietud revela gérmenes de renovación. Todo esfuerzo renovador deja un saldo favorable para la sociedad.

Lo bueno posible se alcanza buscando lo imposible mejor.

El espíritu de rebeldía emancipa de los imperativos dogmáticos. La rebeldía intelectual es eterna y creadora.

La perfectibilidad es privilegio de la juventud. Camino de la perfección es vivir como si el ideal fuere realidad.

Rectilíneo debe ser el servicio de un ideal. La firmeza es acero en la palabra y diamante en la conducta.

El que duda de sus fuerzas morales está vencido.

Los jóvenes sin derrotero moral son nocivos para la sociedad.

No es digno juntar migajas en los festines de los poderosos.

La independencia moral es el sostén de la dignidad.

Valorizando el tiempo se intensifica la vida. Cada actividad es un descanso de otras. La acción fecunda exige continuidad en el esfuerzo.

Hay estilo en toda forma que expresa con lealtad un pensamiento. La corrección preceptiva es la negación del estilo original.

No hay bondad sin tensión activa hacia la virtud. La bondad no es norma, sino acción. Donde disminuye la injusticia, aumenta la bondad.

Los dogmas son obstáculos al perfeccionamiento moral.

Las creencias colectivas se idealizan en función de la cultura. La moralidad está en razón inversa de la superstición.

Todo progreso moral es el triunfo de una verdad sobre una superstición. Las supersticiones perpetúan el odio y la injusticia.

El espíritu científico excluye todo principio de autoridad.

Toda moral idealista contiene una previsión del porvenir.

Conviene a la sociedad el libre desenvolvimiento de las vocaciones.

La escuela no cabe en los límites estrechos del aula.

Todo ser humano puede enseñar a otros lo que sabe. El trabajo educacional implica la más grave responsabilidad social.

Todo tiempo futuro será mejor.

La variación social es obra activa de minorías pensantes. La herencia social es pasiva resistencia de inconscientes. El progreso es un resultado de la lucha entre la variación y la herencia.

El presente es pasado o porvenir. Los forjadores del porvenir son inactuales. Los pueblos sin juventud no tienen porvenir.

Cada vez que una generación envejece y reemplaza su ideario por bastardeados apetitos, la vida pública se abisma en la inmoralidad y en la violencia.

Cada generación anuncia una aurora nueva, la

arranca de la sombra, la enciende con su anhelo inquieto. Si mira alto y lejos, es fuerza creadora.

La antorcha lucifera, no se apaga nunca. Cambia de manos. Cada generación abre las alas donde las ha cerrado la anterior, para volar más lejos, siempre más.

Los hombres que no han tenido juventud piensan en el pasado y viven en el presente, persiguiendo las satisfacciones inmediatas que son el premio de la domesticidad.

De seres sin ideales ninguna grandeza esperan los pueblos.

La juventud es prometeana cuando asocia el ingenio y la voluntad, el saber y la potencia, la inspiración de Apolo y el heroísmo de Hércules.

Frente a los viejos que recitan credos retrospectivos, deben entonar los jóvenes himnos reconstructivos. Es de pueblos exhaustos contemplar el ayer en vez de preparar el mañana.

Es misión de la juventud tomar a los ciegos de la mano y guiarlos hacia el porvenir.

La juventud escéptica es flor sin perfume. De jóvenes sin credo se forman cortesanos que mendigan favores en las antesalas; retóricos que hilvanan palabras sin ideas; abúlicos que juzgan la vida sin viria; valores negativos que ponen piedras en todos los caminos para evitar que otros anden lo que ellos no pueden andar.

El hombre que se ha marchitado en juventud apática llega pronto a una vejez pesimista, por no haber vivido a tiempo. La belleza del vivir hay que descubrirla pronto, o no se descubre nunca.

Sólo el que ha poblado de ideales su juventud y ha sabido servirles con fe entusiasta, puede esperar una madurez serena y sonriente, bondadosa con los que no pueden, tolerante con los que no saben.

Para ser entusiasta no basta ser joven de años; hay que formarse un ideal, sobreponiéndose a las imperfecciones de la realidad y concibiendo por la imaginación sus perfecciones posibles.

Sin estudio no se tienen ideales, sino fanatismos; el entusiasmo vidente de los hombres que piensan no es confundible con la exaltada ceguera de los ignorantes.

El entusiasmo es incompatible con la superstición; el uno es fuego creador que enciende el porvenir, la otra es miedo paralizante que se refugia en el pasado.

Cada generación debe llegar como ola vigorosa a romperse contra la mole del pasado, para hermoear la historia con el iris de nuevos ideales.

Sólo la juventud tiene la mente plástica para abar-

car el panorama de la vida y el brazo elástico para vencer las resistencias ancestrales.

La juventud se mide por el inquieto afán de renovarse, por el deseo de emprender obras dignas, por la incesante floración de ensueños capaces de embellecer la vida.

El hombre digno piensa, quiere y hace. Si triunfa, no achica su ventura pensando que la debe a otros; si fracasa, acepta serenamente el resultado de sus errores.

El trabajo encumbra la humanidad sobre la bestia. Despierta las mieses en las pampas, saca metal luciente de los más negros antros, convierte el barro en hogar, la cantera en estatua, el trapo en vela, el color en cuadro, la chispa en fragua, la palabra en libro, el rayo en luz, la catarata en fuerza, la hélice en ala.

El trabajo será bello y amado cuando represente una aplicación de las vocaciones y de las aptitudes, cuando la espiga sea cosecha propia del sembrador.

La simpatía más firme es la que arraiga en la comunidad de ideales.

Afirmar que vivimos en una sociedad perfecta implica prescribir a los jóvenes una mansedumbre de siervos.

Todos los que renuevan y crean son subversivos: contra los privilegios políticos, contra las injusticias económicas, contra las supersticiones dogmáticas. Sin ellos sería inconcebible la evolución de las ideas y no existiría posibilidad de progreso.

Juventud sin espíritu de rebeldía es servidumbre precoz.

Quien ha concebido un arquetipo de verdad o de belleza, de virtud o de justicia, sólo puede acercarse resistiendo mil asechanzas que le desvían. La vida ascendente exige una vigilancia de todas las horas; el favor y la intriga conspiran contra la dignidad de la juventud, apartándola de sus ideales mediante fáciles prebendas. Toda concesión, en el orden moral, produce una invalidez; todo renunciamento es un suicidio.

La burocracia estatal es una podadera que suprime en los individuos todo brote de dignidad. Uniforma, enmudece, paraliza.

El que cifra su ventura en la protección de los poderosos vive desmenuzando su personalidad, perdiéndola a pedazos, como cae en fragmentos un miembro gangrenado. Su lengua pierde la aptitud de articular la verdad.

En los jóvenes que no deshonran su juventud, los deberes son el reflejo de los ideales sobre la conducta; cuanto más intensa es la fe en un ideal, más imprescindible es el sentimiento que compele a servirlo.

MICROCULTURA

Perpignan 22 de diciembre de 1955.

Mi querido compañero y amigo Suno: Salud.

Te escribo a requerimiento de mi gratitud por la dedicatoria en «Microcultura». Eres muy bueno para mí y para todos, y he aquí una muestra del trato que mereces, ya que en mi caso, más que mi cultura es la elevación de miras de mis lectores la que me hace esforzar para bien servir.

No hay que decir que leo tus cosas y todas las demás, en que se derrocha la grandeza de alma y enérgico carácter por el ideal.

Qus sea pues esta carta portadora de una declaración de competencia en la hermosa labor que realizáis todos. Yo soy muy viejo y poco puede ya ofrecer mi agotable sensibilidad y amor al prójimo.

Queda incondicionalmente tuyo,

ALBERTO CARSI.

—o—

La gratitud es una virtud anarquista, siempre entendiéndola aquí a la anarquía según su alto significado reclusiano. Dice el vate que «sólo halla ingratitude quien gratitud espera», pero no es ese el caso entre nosotros. Anarquía es sensibilidad y es Amor. El indeferentismo es dominista. La carta del sabio Carsi es noble gratitud pluralizada. La

Las supersticiones son residuos fósiles de creencias ya extinguidas; del remoto pasado, inmenso sepulcro, se levantan sus fantasmas para cruzar el paso a los que investigan la verdad.

Los jóvenes que no saben mirar hacia el porvenir y trabajar para él, son miserables lacayos del pasado y viven axfisiándose entre sus escombros.

La verdad es la más temida de las fuerzas revolucionarias; los pequeños motines se fraguan con armas de soldados; las grandes revoluciones se hacen con doctrinas de pensadores. Todos los que han pretendido eternizar una injusticia, en cualquier tiempo y en cualquier lugar, han temido menos a los conspiradores políticos que a los heraldos de la verdad, porque ésta, pensada, hablada, escrita, contagiada, produce en los pueblos, cambios más profundos que la violencia. Ella—siempre perseguida, siempre invencible—, es el más eficaz instrumento de redención moral que se ha conocido en la historia de la humanidad.

José INGENIEROS

Selección de Vladimir Muñoz.

mejor respuesta que yo encuentro a ella, creo está en la continuación de estas notas microculturales —a Carsi dedicadas—, que pueden servir también para demostrar la inquietud de superación y elevación moral de la Etica anarquista.

SUNO.

1. La Biblioteca Nacional de París, fundada en 1775, es una de las más importantes del mundo y tiene seis millones de volúmenes, además de otros elementos de estudio.

2. El Sahara, el más grande desierto del mundo, tiene 7.780.000 kilómetros cuadrados, con valles de 134 metros bajo el nivel del mar y montañas de 3.330 metros.

3. Origina el nombre de Mónaco, del templo que erigieron griegos y fenicios en honor a Hércules, cuyo apodo heleno era «Monaikos».

4. El «Titanic» naufragó el 15 de abril de 1912, al chocar con un iceberg. Perecieron 1.517 personas.

5. En 1814 construyó el inglés Jorge Stephenson la primera locomotora a vapor.

6. Los primeros que recibieron el Premio Nóbel de la Paz fueron Henry Dunat, de Suiza, y Federico Passay, francés, en 1901.

7. Con la llegada a Pernambuco el 22 de abril de 1500, descubrió Pedro Alcares Cabral lo que hoy es el Brasil.

8. Se destruyeron 14.086 casas el día 2 de septiembre de 1666 en el incendio más grande ocurrido en Londres.

9. Después del diamante, la piedra más dura es el zafiro o coridón. Los hay azules, blancos, violeta, amarillo, verde y rojo.

10. El edificio neoyorkino de las Naciones Unidas, rascacielo de acero y vidrio, tiene 165 metros de altura y 39 pisos.

11. Se llama Edipo a uno de los complejos freudianos, recordando a Edipo—el rey de la tragedia de Sófocles—, que mató a su padre por casarse con su madre.

12. Según Pitigrilli: «hace 20 años, se pedía disculpas cuando se escribía una carta a máquina; hoy se debe pedir disculpa cuando se escribe a mano».

13. «Percha» es el nombre indígena de la isla de Sumatra.

14. La industria de aviones estadounidense construye transportes aéreos que tienen, cada uno, la capacidad de cien vagones de carga.

15. El primer europeo que se conoce haya navegado por las costas californianas, fué en el siglo XVI, el navegante español Fernando Alarcón.

16. «Cuichú» llamaban los incas al arco-iris.

17. Los granjeros estadounidenses trabajan actualmente un 17 por ciento menos y obtienen de sus tierras un 45 por ciento más que en 1930, pudiendo mantener una población urbana seis veces superior a la propia.

18. Hasta cuatro metros de largo tiene la cobra, serpiente venenosa de la India.
19. El nombre de mar Adriático origina de Adria, pequeña villa costera de Venecia.
20. Las altas columnas de aire caliente que se elevan por encima de los incendios de bosques, son factores importantes en la diseminación de dichos fuegos.
21. El topacio, tercera gema en el orden de dureza, es un fluosilicato de aluminio.
22. «El cura de Flix» fué un cabecilla carlista, famoso por sus crueldades y era su verdadero nombre José Agrumant (1826-1887).
23. En los 300 años transcurridos desde 1650 hasta 1950, la población del mundo aumentó de 470.000.000 a dos mil cuatrocientos cincuenta millones.
24. La teoría completa del arco iris se le debe al astrónomo inglés Jorge B. Airy.
25. Se pueden tirar bultos ahora desde los aviones con un rotocaidas, aparato provisto de paletas que rotan a fin de retardar la velocidad de la caída.
26. En mitología el dios del sueño (lo contrario a la vigilia) era Hipnos, siendo Morfeo el dios de los otros sueños (soñar).
27. El primer español en divisar el Yucatán de que se tienen noticias, fué en el siglo XVI el marino Antonio Alaminos.
28. Durante unos 120 días vice el glóbulo rojo en la corriente sanguínea, pero si se le almacena—aunque tenga la misma temperatura del cuerpo—muere en tres o cuatro días.
29. La máquina separadora de crema de leche fué inventada por el sueco Carl. G. P. Laval en 1880.
30. La diplopia es un fenómeno morboso que consiste en ver dobles los objetos.
31. El vuelo trasatlántico de ida y vuelta en un mismo día se hizo el 26 de agosto de 1952, con un avión a chorro que voló de Irlanda a Terranova.
32. Se llaman «coboclos» en el Brasil, a los mestizos de indio y negra o viceversa.
33. La anarquía es la más elevada y noble expresión de la cultura humana.
34. A fines del milenio cuarto anterior a la era vulgar, ya usaban los griegos el cobre, la plata y el oro. La metalurgia del bronce se inició en Creta 24 años antes de nuestra era.
35. El túnel carretero más antiguo de Europa es el de Blacwall, en Inglaterra, con 1.930 metros de largo.
36. En 1934 asesinaron al canciller austriaco Dollfus, al rey Alejandro I de Yugoslavia y al ministro del exterior francés, M. Barthou.
37. Inició el invento del submarino el español Isaac Peral en 1855, y lo perfeccionó el norteamericano Simón Lake en 1894.
38. Porque tiene la forma de una telaraña se llama «arenoide» a una de las tres meninges cerebrales.
39. El sabio sueco Svante A. Arrhenius ideó la teoría de la «panspermia» (la vida como proveniente de otros planetas, habiendo llegado a la tierra en forma de microorganismos).
40. La Bastilla fué destruída el 14 de julio de 1789.
41. Los indios adoraban en las bellas noches a «Chasca» (el lucero del alba).
42. Se llama «apendalgia» al dolor producido en la región del apéndice, pero que no depende de la inflamación de éste, sino de otro motivo cualquiera.
43. Antilope (anthos, flor, y ops, ojo) significa «hermosos ojos» y en verdad que tales animales los tienen muy bellos.
44. Los indios «animaraes» viven en la costa boliviana del lago Titicaca.
45. Carlos Dickens fué el autor de «Pickwick», obra que se destaca por su contenido humano lleno de humorismo.
46. Los principales países productores de zinc en América son Estados Unidos, Canadá, México, Chile, Bolivia, Honduras y Perú.
47. La famosa invasión militarista de Alejandro Magno en Asia Menor y Egipto ocurrió los años 334 y 323 antes de nuestra era.
48. La biblioteca universitaria más grande del mundo es la de Harvard.
49. «Johan Most, la vida de un rebelde» (Ed. La Protesta, 1927) fué escrita por Rudolf Rocker.
50. A causa de sus persecuciones se llamó «María la sanguinaria» a María I Tudor, reina de Inglaterra.
51. El monte más elevado de Colombia es el Cristóbal Colón en la cordinera de Santa Marta, con 5.875 metros sobre el nivel del mar.
52. «Cleptofobia» se llama al horror a los ladrones.
53. Emil A. von Behing, sabio alemán, ganó en 1901 el primer premio de fisiología y medicina.
54. La Universidad de Pensilvania inventó en 1946 la calculadora electrónica.
55. Quichúa en idioma incaico significa «tierra templada».
56. El primero que tuvo licencia de aviador fué el holandés Her ter Poorten.
57. Pablo Rivet, historiador y etnólogo francés contemporáneo, sostiene la teoría del «origen polinésico de la población aborigen de América».
58. Rumbear significa en castellano rioplatense, orientarse, y en el antillano, ir de fiesta.
59. El Almagesto es el tratado de astronomía de Ptolemeo.
60. Calderón fué quien escribió «que bien en un hombre luce, que callando sus agravios, aun sus venganzas sepulte».
61. La máquina de escribir la inventaron los norteamericanos G. L. Sholes y C. Glidden, en 1868.
62. El idioma griego fué una derivación de los idiomas jónico, eólico y dórico.
63. El último terremoto que hubo en el Ecuador tuvo lugar el 5 de agosto de 1949, destruyó varias ciudades, entre ellas Ambato y ocasionó más de 6.000 víctimas.
64. Clio, hija de Júpiter, según la mitología, fué la musa de la historia.
65. Corea del Sur tiene 93.634 kilómetros cuadrados y 20 millones y medio de habitantes.
66. El 1 de julio de 1520 fué en México la «noche triste» por la muerte de Tenochtlán.
67. Actitud disposición de ánimo significa, altitud es altura y aptitud, capacidad de una persona o cosa para cierto fin.
68. La espinaca tiene dos miligramos de hierro por cada 100 gramos del producto; y el hígado tiene ocho por igual cantidad.
69. Los romanos, al mando de Druso, invadieron Holanda, diez años antes de nuestra era.

70. South Georgia, estación ballenera, es una isla al S.E. de las Malvinas.
71. Trípoli es la capital de Libia y las otras ciudades importantes del país son Bengasi, Misarata y Tobruck.
72. En la América latina hay 2.300.000 protestantes aproximativamente.
73. El museo Victoria y Alberto, de Londres, se especializa en historia del arte.
74. El primer vuelo con motor a gasolina lo realizó en un dirigible el aeronauta brasileño Alberto Santos Dumont, en 1898.
75. La enseñanza secundaria en Suecia es gratuita y los útiles escolares también.
76. Astreo fué en la mitología uno de los titanes, el padre de los Vientos y de los Astros.
77. Se llama «época isabelina» al reinado de Isabel I de Inglaterra, por la gran extensión colonialista del Imperio británico.
78. Los militares son los asesinos que la justicia legalizada ampara.
79. La dinamo más grande para producir electricidad fué inventada por el inglés Miguel Faraday en 1831.
80. El lago más grande del Japón es el Biwa, con 64 kilómetros de largo y 11 de ancho.
81. Se llama «colecistitis» a la inflamación de la vesícula biliar.
82. Devanar es arrollar hilo en ovillos o en carrete y, devanear es disparatar.
83. Los «druidas» eran los sacerdotes de los antiguos galos y britanos, y solían ejercer el culto en los bosques con sacrificios humanos.
84. Hay una víbora que tiene dos cuernitos encima de los ojos; es muy venenosa, vive en los arenales del Africa y se la conoce por Cerasta.
85. Se llamó «apóstol del libre cambio» al economista inglés Ricardo Cobden (1804-1865).
86. El misonéismo es la aversión a las novedades, de cualquier orden que sean.
87. La estilográfica o pluma fuente la inventó el norteamericano Luis E. Waterman en 1884.
88. Se llaman animales articulados a los que tienen el esqueleto externo, como los crustáceos.
89. Borneo es el nombre de una gran isla de Oceanía y, borneo, es el presente indicativo del verbo borrar.
90. El tirano romano Apio Claudio hizo construir la Via Apia romana, en el 312 A.C.
91. La acromegalia es una enfermedad crónica, caracterizada en el excesivo crecimiento de las extremidades del cuerpo humano.
92. La palabra «alcancía» viene del árabe «alcanz», que significa tesoro.
93. El principio de la propulsión a chorro no es nuevo, pues fué descubierto por el matemático Héron (siglo III a. J.C.) de Alejandría. La cabo de 2.200 años ha sido aplicado en los aviones.
94. El «Queen Mary», el segundo barco del mundo, tiene 297 metros de largo por 26 de ancho y desplaza 81.237 toneladas.
95. Antes de Miguel Angel, el pintor más grande del Renacimiento fué Donato di Betto Bardi, llamado Donatello (1386-1466).
96. La institución gubernamental es la causa primordial de todos nuestros males sociales.
97. El cumarú es un árbol gigantesco de Sudamérica.
98. Los «barkali» eran los individuos que remolcaban las embarcaciones por el curso del Volga.
99. El nombre completo de Rembrandt era Rembrandt Hermenzz van Ryn.
100. Quito, capital del Ecuador, fué destruida el 4 de febrero de 1797 por un espantoso terremoto que mató a 41.000 personas.
101. Porfirio, como nombre de varón, significa en griego «el púrpúreo».
102. Para desgracia de la humanidad el norteamericano Richard G. Gatling, inventó la ametralladora en 1861.
103. Pablo Wallot fué el arquitecto que construyó el «Reichstag» inaugurado en 1894.
104. La «ataxia» es la dificultad patológica para coordinar los movimientos.
105. En 1955-56 ha habido en Europa un invierno fríasimo, el más crudo del siglo.
106. Dextrocardio es la transposición anormal del corazón hacia el lado derecho del tórax.
107. La monarquía de los Borbones en España fué restaurada por la revolución palaciega del general Martínez Campos (1874), después de haber caído la primera república.
108. El «dios» del matrimonio según la mitología griega era Himen o Himeneo.
109. Los «chasquis» eran entre los Incas, los indios que servían de correos y llevaban los «quipus» o mensajes, hechos con nudos en una cuerda.
110. El país de América que produce más asfalto es la isla de Trinidad, que tiene un enorme lago de este producto.
111. Reuclinianos son los que siguen el griego moderno de Reuclín.
112. La compañera de Shakespeare fué Ana Hathaway, que le llevaba ocho años.
113. La misología es el odio a la razón, o repugnancia a permitir que ésta intervenga en asuntos religiosos.
114. Hablan inglés en el mundo, incluyendo Estados Unidos, Inglaterra, Canadá y colonias británicas, unos 260 millones de personas.
115. Las siete Pléyades fueron Alcyone, Astrofe, Celeno, Electra, Maya, Merope y Taygeta.
116. La turbina a vapor la inventó el inglés Charles A. Parson en 1884.
117. El Ródano y el Rin nacen en el nudo suizo de San Gotardo.
118. El «Zapateado», difícil composición musical fué obra del gran músico español Pablo de Sarasate (1844-1908).
119. Yemen, país sumamente atrasado, está en el sudoeste de la península de Arabia.
120. Desde el año 1811 se usa el yodo, merced al descubrimiento del químico francés Bernard Courtois.
121. La primera olimpiada internacional moderna se realizó en Atenas en 1896.
122. Las islas de Sotavento se hallan en el Caribe, entre Trinidad y la Martinica.
123. A partir de 1925 «el Estado se separó de la Iglesia en Chile».

SUÑO

POETAS DE AYER Y DE HOY

CAMPANADAS DE "NOEL"

¡Ya llegaron, madre, les fiestas
[cristianas!
¡Oye sus heraldos, oye sus cam-
[panas!
Aunque de mi cama yo no vea
[nada
Mi pecho se alegra de oír las
[campanas.
Ellas me recuerdan, madre,
Tus caricias santas.

¿Por qué no viene el padre?
Desde que se fué por julio
Con su fiel compadre
Ya no ha vuelto, madre.
Pero ahora pienso,
Ahora que soy grande
Que vendrá a besarme.

¿No me oyes, madre?
¿Por qué estas callada?

¿Es que tienes celos
Mi madre adorada?
¿Por qué no me hablas
Madre? Quizás lo que piensas
Lo acierte mi alma...

¡No!...
No deben ser celos,
Sinó, los pesares
Que mi torpe lengua
De tu adentro sacan.

¡Perdóname madre!
Desde que la bomba
Me dejó tan ciego,
Trituró mis huesos
Y robó mis carnes,
No sé lo que tengo,
Me volví egoísta
Olvidándote a ti,
Que mis ojos eres
Y mis piernas, madre,
Que lo eres todo,
Todo para mí.

Ya me callo, madre,
Ya no pienso en nadie
Que no seas tú!
Acércate al lecho
Para que mis besos,
que no son de nadie,
En puesto del padre,
Recibas de mí.

Un sollozo contenido
Haciendo eco al niño
Yacente en la cama
Agudo estalló.

Desconocida, la voz de la madre
— tanto cambió su tono —
Parecida a un eco
De chirridos ásperos
Al joven le habló:

«¿Cómo voy a tener celos
Hijo mío, de tu padre!
Lo que tengo es un ahogo
Cuando esas campanas suenan
Renovando los espantos
De una guerra que nos dió
Lo que dan todas las guerras,
Muerte, miseria y terror.

Por ello, hijo,
Mientras las verdi-negras campa-
Repiquen llamando a fiesta [nas
Triste encontrarás mi alma.

¡No es, no, que no te quiera
Es... que a mi memoria viene
— ¡quien las oye y no recuerda! —
Que un día, de madrugada,
Junto a otros, y en la plaza,

Donde la cobarde bomba
Con su implacable metralla
A tí, hijo, mutilara
Allí mismo,

Doce fusiles de guardia
— los de amarilla casaca —
Y un teniente canalla,
— con la camisa azulada —,
La vida le arrebataron.

El ding-dong de las campanas
Cubriendo injusticia tanta
Con su música metálica.

Por eso al cirilas de nuevo
En esta fría mañana
Llamando a fiesta cristiana
Me desesperan y espantan.»

De broche, un sollozo doble,
Como de vieja campana,
Identificó el dolor
Que llenaba las dos almas.

Rafael SALCEDO

Rabat, 18-12-56.

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

De tu preparación cultural depende la victoria o la derrota de la idea...

Aprovecha todo momento; instrúyete, capacítate.

El tiempo que se pierde no se recupera nunca.

INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

Colección «AUSTRAL», 200 francos volumen sencillo y 300 volumen doble (.)

Obras de Benito PEREZ GALDOS.

«Gerona» — «Juan Martín el Empeinado» — «Cádiz» (.) — «El 19 de marzo y el 2 de mayo» (.) — «Ballén» (.) — «Napoleón en Charmartin» (.) — «La Corte de Carlos IV» (.) — «Trafalgar» — «Angel Guerra» (.) — «El amigo manso» (.) — «Miau» (.) — «Fortunata y Jacintz» (.) — «La Fontana de Oro» (.) — «Misericordia» (.) — «La de Bringas» (.) — «Lo Prohibido» (.)

Obras de José María de PEREDA.

«El sabor de la tierra» (.) — «Don Gonzalo González de la Gonzalera» (.) — «El buey suelto» (.) — «Peñas arriba» (.) — «Sotileza» (.)

Obras de V. BLASCO IBÁÑEZ.

«Sangre y arena» (.) — «Cañas y barro» (.) — «Cuentos valencianos» — «La condenada» — «La barraca».

Obras de PALACIO VALDES.

«La hermana San Sulpicio» (.) — «Riverita» (.) — «Maximipia» (.) — «Los majos de Cádiz» — «La alegría del capitán Ribot» — «Marta y María» (.)

VARIOS AUTORES.

«Cuentos populares de Castilla», por Aurelio M. Espinosa. — «La casa de la Troya», por A. Pérez Lugin. — «La rosa de los vientos», por Concha Espina (.) — «La esfinge Maragata», por Concha Espina (.) — «El mejor alcalde, el rey y Fuenteovejuna», por Lope de Vega. — «Arte nuevo de hacer comedias» y «La discreta enamorada», por Lope de Vega. — «Peribañez y el Comendador de Ocaña», «La estrella de Sevilla» (.), por Lope de Vega. — «El jardín de los cerezos», por Antón Chejov. — «La malquerida» y «La noche del sábado», por Jacinto Benavente. — «Playas, ciudades y montañas», por Julio Camba. — «Balada de la cárcel de Reading-Poemas», por Oscar Wilde. — «El crítico como artista», por Oscar Wilde (.) — «La cabeza de Castilla», por Azorín. — «Españoles en París», por Azorín. — «Las confesiones de un pequeño filósofo», por Azorín — «Stepantchikov», por Fedor Dostoyewsky; «Noches blancas», idem; «El ladrón honrado»; idem. — «Pobre negro», por Rómulo Gallego (.); «Doña Bárbara» (.) idem; «La rebelión y otros cuentos», idem. — «Paradox-Rey», por Pío Baroja; «Los últimos románticos» idem.

BIBLIOTECA DE SUPERACION PERSONAL.

«La lucha por el éxito», por J. Salas Subirat 450 fr.
«La educación de sí mismos», por el Dr. P. Dubois 450 »
«La alegría del vivir», por O. Swert Marden 450 »
«Para abrirse camino en la vida», por S. Roudes 450 »
«El sentido común», por Yorotimo Tashl... 450 »
«El secreto de la concentración», por J. Salas Subirat 450 »
«Método práctico de autosugestión», por Paul G. Jagot 450 »
«El arte de pensar», por Ernesto Dimnet 450 »
«El hombre y el mundo», por R. Waldo Emerson 450 »

«Los objetivos, los obstáculos y los medios», por J. Salas Subirat 450 fr.
«El hombre que hace fortuna», por S. Roudes 450 »
«Cartas a su hijo», por el Conde Chesterfield 450 »

EDICIONES «CENIT».

«Ideario», por Ricardo Mella 250 fr.
«Marx y Bakunin», por Fritz Brupbacher 200 »
«El fascismo en la ideología del siglo XX», por C. M. Rama 130 »
«Crítica anarquista de la sociedad actual», por el profesor Oiticica 50 »
«La Grecia Libertaria», por Han Ryner 60 »

COLECCION UNIVERSAL DE ESTUDIOS SOCIALES.

«Sistema de las contradicciones económicas», por P. J. Proudhon 1.200 fr.
«Colectivismo agrario en España», por J. Costa 1.200 »
«Investigaciones acerca de la Justicia Política», por W. Godwin 1.200 »
«La irreligión del porvenir», por J. M. Guyau 1.100 »
«En la borrasca», por R. Rocker 1.250 »
«Revolución y regresión», por R. Rocker 1.200 »
«Nacionalismo y cultura», por R. Rocker 1.200 »

OBRAS VARIAS DE DIFERENTES AUTORES.

«El apoyo mutuo», por P. Kropotkin 200 fr.
«Ética», por P. Kropotkin 100 »
«El Congreso Confederal de Zaragoza» 200 »
«El Proletariado militante (dos tomos), por Anselmo Lorenzo 200 »
«La C.N.T. en la Revolución Española», por J. Feirats (3 tomos) 2.200 »
«Estampas del exilio en América», por J. Feirats 170 »
«Don Quijote de Alcalá de Henares», por J. M. Puyol 170 »
«Romancero de la libertad», por Gregorio Oliván 100 »
«Páginas selectas», por Mutatuli 35 »
«Antología de pensamientos», por G. Prada 30 »
«El Socialismo Libertario», por A. Souchy 150 »
«L'affaire Ferrer» (en francés) 40 »
«Guerra civil», por J. García Prades 120 »
«Rusia y España», por J. García Prades 120 »
«El Pueblo», por Anselmo Lorenzo 100 »
«Náufragos», por Adrián del Valle 175 »
«La Pensée Chinoise», por P. Guille (en francés) 50 »
«Sembrando flores», por Federico Urales 150 »
«Ensayos y conferencias», por Pedro Gori 250 »
«La paz mundial», por Max Nettlau 100 »
«Max Nettlau, el Herodoto de la Anarquía», por R. Rocker 750 »
«Elementos de Algebra», por G. M. Bruno 350 »
«Aritmética», Curso elemental, por G. M. Bruno 250 »
«Aritmética, Curso Medio», por G. M. Bruno 300 »
«Aritmética (Elementos) Libro del Maestro, por G. M. Bruno 333 »
«Geometría (Elementos), por G. M. Bruno 250 »
«Geometría Analítica y cálculo infinitesimal, por G. M. Bruno 350 »
«Gramática Castellana, por A. de Zúñiga 300 »

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos de envío a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a Valerio MAS — Servicio de Librería del Movimiento

4 rue de Belfort — TOULOUSE (Haute-Garonne)

GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)